

Año XXXI.

Madrid, Jueves 12 de Enero de 1911.

Núm. 2



Ó sueltas el último céntimo, ó no entierro á tu padre.

Ayuntamiento de Madrid

## HABLANDO SOLO DE LA HISTORIA

Corría el año 1873 y la República dominaba en España. ¿Dominaba he dicho? No; estaba proclamada, lo que no es lo mismo, y nada menos que por la Representación Nacional. Su legalidad era indiscutible, aunque su dominio no lo fuera.

Un filósofo eximio, con merecida fama de austero, orador incomparable, de conciencia incorruptible, estaba al frente del gobierno, encargado de imponer el cumplimiento de toda ley que la República no hubiese derogado. Una de ellas era la que condenaba á muerte al militar que faltase á la disciplina.

La República sostenía en aquel momento tres guerras: la carlista en el Norte, la cantonal en Levante y Mediodía y la separatista en Cuba; y sus enemigos (los de la República) lograron introducir la indisciplina en el Ejército, á fin de acabar con ella. Y dióse el caso de que los soldados mandan á bailar á los jefes; y que algunos de éstos, como el teniente coronel Martínez Llagostera, fuera asesinado; y que las tropas se negaran á batirse.

Sometidos á proceso varios soldados, fueron dos ó tres condenados á muerte. El Código militar es inexorable y debe serlo, para castigar la indisciplina, y más cometida frente al enemigo. Al encargarse el Sr. Salmerón del gobierno sabía que el Código militar estaba vigente y que podría verse en el caso de aplicarlo.

Y en aquel momento supremo, cuando la salvación de la República dependía del cumplimiento de aquellas sentencias, recordóle su conciencia al señor Salmerón que era enemigo de la pena de muerte, y dejó el poder por no aplicarla.

El acto del Sr. Salmerón fué muy aplaudido. Su conciencia de filósofo resultó enateada, incólume, sin una mancha, sin el crespón de la más pequeña nube en el azul diáfano del cielo en que brillaba; mas la República quedó sentenciada á muerte aquel día. Cuantos esfuerzos hicieron otros hombres para salvar á después fueron inútiles, y el 3 de Enero fué ejecutada.

La salvación de la conciencia de un hombre, fué la muerte de un régimen; el eclipse de la libertad; la disgregación de un gran partido.

¿Cuánta otra sería la suerte de esta nación desventurada, si aquel día el señor Salmerón, desoyendo la voz de su conciencia de filósofo, cumple con el deber del cargo que ocupaba, deber que debía ser también para él de conciencia, y que consistía sencillamente en aplicar la ley que pena con la muerte las faltas de disciplina en el Ejército!

## Conciencia elástica

Censuro lo que el Sr. Azcárate ha hecho, y, no obstante, hay momentos en que estoy casi dispuesto á disculparle. Y son aquellos en que me recojo en mí mismo, estudio el ambiente de moralidad que se aspira desde hace treinta y siete años en España, y me digo: «Así como los pulmones acostumbrados á respirar aire puro funcionan mal en el viciado, así el hombre que vive habitualmente en una atmósfera saturada de honradez, como el Sr. Azcárate, se asfixia moralmente cuanto sale de ella.

Conviviendo con conservadores y clericales, que, como es sabido, nunca dieron lugar á que nadie dudara de su moralidad, ¿cómo extañar que á la menor sospecha de que unos republicanos pudieran haber pensado en realizar un acto incorrecto, el Sr. Azcárate sintiera escarabajos de indignación en su conciencia, y se apresurara á mitigarlos, sin tomarse siquiera el trabajo de enterarse si la realidad confirmaba la sospecha?

El pudo negarse á asistir á la manifestación del Prado, por no tener motivos para dudar de la moralidad de los consejeros.

El ha podido permanecer silencioso ante las acusaciones de inmoralidad que otros republicanos han lanzado contra los conservadores en el Parlamento.

Pero él, sin tener datos claros, seguros, concretos, de la culpabilidad de los concejales del Ayuntamiento de Barcelona, se puso de parte de sus acusadores.

Me parece ya demasiada elasticidad de conciencia.

## RAZONEMOS

Ningún hombre que pone su conciencia sobre todo, debe ser político activo. Con sólo ingresar en un partido, ofende ya a tan respetable señora.

El político, y más si pertenece á un partido popular que aspira á derrocar un régimen por medio de la fuerza, no puede ni debe hacer intervenir á la conciencia en algunas de sus decisiones. Tiene que luchar con todas las armas, que herir con la palabra, que matar con el fusil; más aún: tiene que aconsejar á los demás que le imiten, pues si lo aconsejara sin hacerlo él, sería un miserable.

Y en estas luchas se derrama sangre, y lágrimas; se producen ruinas; se realizan atropellos; se lastiman intereses; se cometen injusticias; y una conciencia scrupulosa no puede transigir con nada de eso, ni menos apañarlo: tiene que condenarlo, que anatematizarlo, que colocar á gran distancia de quienes piensan hacerlo. Luego la conciencia, entendida como algunos hombres la entienden, es incompatible con la política, sobre todo con la popular, que necesita forzosamente en ciertos periodos abrirse paso por la violencia.

¿Qué le ocurriría al militar que frente al enemigo se negara á batirse, porque su religión, la cristiana, le ordena en su mandamiento quinto *no matar*? Que lo fusilarían. Y con razón. Si al ingresar en la milicia fué ya *moralmente* á aquel mandamiento, por saber á lo que se comprometía, ¿á qué tales escrupulos después?

Lo mismo podemos decirle al Sr. Azcárate, quien, al aceptar el cargo de director de una minoría cuyo principal objetivo es hacer la revolución, violó brutalmente su conciencia.

Y si pudo imponer silencio á su conciencia entonces ¿por qué no lo ha hecho ahora. Y si cerró los ojos ante la realidad probable, ¿por qué no los ha cerrado ante la acusación sin pruebas?

La opinión absuelve al marido que sorprende á su mujer con un amante y la mata en aquel momento. Pero si sabe que transigió antes con el adulterio, fuese por debilidad, fuese por conveniencia, no solamente lo condena, sino que lo desprecia ó se burla de él.

Y el Sr. Azcárate, al ponerse al frente de un organismo que puede verter sangre algún día, perdió todo derecho á hablarnos de su conciencia inmaculada. La virginidad, lo mismo moral que física, no es divisible: ó se tiene ó no se tiene. Pero una vez perdida, es para siempre.

Le pasa lo que á la fe religiosa. Dicen algunos católicos: «Yo creo en tal misterio, mas no en tal otro...» «Yo voy á misa, pero no me confieso». Los que hablan así, tienen tanta fe, como el que carece en absoluto de ella. ¿Católico? ¿Creyente? Pues hay que creer todo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia.

Y así la conciencia. O en toda su integridad, ó á la moda corriente. Todo lo demás son posturas, cálculos, plataformas...

## Otro punto de vista

Convengamos por un momento en que los Sres. Azcárate é Iglesias cumplieron con el deber que tiene todo hombre honrado de decir la verdad, sin atender á más dictados que á los de su conciencia.

¿Pero es que sobre las suyas hubiera caído la más pequeña mancha si se abstienen de juzgar los hechos hasta no conocerlos bien?

¿Que la opinión hubiera sospechado acaso que obraban así por cobardía moral? ¿Y qué podía importarle? La cobardía, en todo caso, hubiese estado en asustarse de lo que la opinión dijera, teniendo conciencia de que habían obrado bien.

Aquí de aquellos versos de Se les:

... ¡Insensatos  
los justos que el miedo aterra!  
¡Pobló de cucas la tierra  
la semilla de Pilatos!

Y por cierto que el título de la obra.

en que figuran esos versos, *Maldades que son justicias*, me hace pensar en que podría escribirse otra titulada: *Justicias que son maldades*.

## Misión incumplida

Y, sin embargo, ¡qué bien hubiera sentado á los años, á la seriedad, al prestigio del Sr. Azcárate el haber permanecido sereno, tranquilo, ecuánime, en todas las cuestiones surgidas entre los republicanos!

Especie de poder moderador, él hubiera cortado al nacer toda divergencia, calmado á los impacientes, animado á los tibios, disculpado arrebatos, perdonado faulezas, aunado voluntades, y hecho, en fin, todo lo que contribuir pudiera á apretar los lazos de unión, concordia y fraternidad que deben existir entre hombres que aspiran á salvar su patria imponiendo un régimen de justicia.

Ha preferido mostrarse parcial, apasionado, ligero, injusto, convertirse en una especie de Jehová ridículo, vengativo y cruel, y ha tirado por la ventana en una tarde la fama, tan cimentada como innegable, de hombre llamado á desempeñar mañana el hermoso papel de intermediario entre los que quisieran marchar en automóvil por la carretera revolucionaria y los que se empeñaran en ir en carreta.

¡Pobre señor! ¡Se ha reventado y nos ha dividido! La monarquía derrame sobre él sus bendiciones para compensarle de sus remordimientos, si un día se le aparece la luz en el camino de Damasco.

Mas me parece que he dicho una blasfemia. Las conciencias rectas no tienen ningún pequeño resquicio por donde pueda penetrar ni la sombra de un remordimiento.

## LA CUESTION

No, no la saquemos de su verdadero terreno. Censurar, combatir, ó lamentarse de la conducta de Azcárate é Iglesias, no sería en ningún caso defender la inmoralidad, si existiera, ni conceder franquicia á los inmorales. Nadie ha tratado ni trata de eso: de lo que se trata, mejor dicho, lo que se condena, es la manera de verificar el acto.

Si esos dos señores, en vez de dar su opinión en el Congreso, al frente de los enemigos, convocan antes la minoría, oyen las explicaciones de los radicales, estudian los datos que presentan, y si se convencen de que los concejales de Barcelona son culpables, expulsan de su seno á los diputados que los amparan, ¿quién se hubiera atrevido á censurarlos? ¿Quién no los habría aplaudido?

Ap audido, y además honrado y enaltecido. Porque en este caso, aparte de merecerlo, el acto hubiera resultado

obra del partido, mientras ahora no parece sino que en la Conjunción sólo había dos hombres justos, dos hombres honrados, dos hombres de conciencia recta...

Y esto, sobre no ser verdad, resulta ofensivo para todos los republicanos que no exhiben con cualquier pretexto su honradez, por no ocurrírseles siquiera que nadie pueda ponerla en duda.

Tan seguros están de que la poseen.

## SOBRE LO MISMO

Sí; es preciso insistir.

Aquí hay dos cuestiones completamente distintas: la de si los concejales del Ayuntamiento de Barcelona faltaron á su deber de honrados y Lerroux al defenderlos, y la de si los señores Azcárate é Iglesias cumplieron con el suyo al decir lo que dijeron.

Defender á los primeros sin estar en todos los antecedentes del asunto, sería ligereza tan grande como la de haberlos juzgado desfavorablemente haciendo de pruebas. ¿Mas qué duda cabe que no produciría nunca el mal efecto y la repulsión que ha producido lo segundo?

Sin la intervención de Azcárate é Iglesias, hoy se encontrarían los concejales y Lerroux en situación muy difícil; la duda, en ocasiones, destroza más que la certeza. Pero tal indignación produjeron las declaraciones de los dos diputados, que alzóse súbitamente en el Congreso una gran corriente de simpatía hacia los acusados, corriente que sopó luego sobre la opinión.

¿Por qué? Porque, aun probadas las acusaciones, sólo podía resultar esto: un delito: mientras que de las palabras de Iglesias y Azcárate, aun siendo sinceras y dictadas por la conciencia, resultaba una indignidad. Y dejó para luego lo que significaban en el terreno político y revolucionario.

Y es que hay algo superior á la conciencia individual, y es la colectiva; como hay algo superior á la ley, y es la justicia. Y la conciencia colectiva protesta siempre de los actos que, aun siendo honrados, delatan pequenez, mezquindad. Por esto admira todas las grandes abnegaciones y todos los grandes sacrificios sin fijarse en los móviles. Y por esto también simpatiza á veces hasta con los criminales que en sus actos revelan grandezza ó gallardía.

El hombre que, trabuco en mano, despoja de todo lo que lleva á un caminante, está fuera de la ley, es un criminal merecedor de castigo.

El usurero que presta una cantidad al 30, 40 ó 60 por 100, está dentro de ella, y no es, por lo tanto, ni delincuente.

Y, sin embargo, nunca inspira el bandido la repugnancia y el desprecio que el usurero.

¿Es esto justo? Quizás no. Pero es así. Y se explica que así sea: el bandido expone su vida ó su libertad al colocarse fuera de la ley. El usurero se para-

ta á la espera para consumir el despojo.

¿Qué prueba esto? Que á todas las acciones humanas hay que imponerles cierto sello de grandezza; lo mismo á las honradas que á las criminales. Y como a acción de los Sres. Azcárate é Iglesias, no tuvo ese sello, resultó repulsiva. Y con cierto sabor egoísta: el de afirmar su honradez sobre la dishonra ajena.

## OTRO ASPECTO

Y vamos ahora con el aspecto político y revolucionario.

La Conjunción republicano-socialista se había formado para traer la República revolucionariamente; por lo menos así se dijo antes de las elecciones. Y para eso tenía que ser. ¿Qué objeto habría tenido si no?

El Pueblo llegó á creérselo; los monárquicos también, preocupándose mucho; y hasta los que, como yo, acostumbramos á desconfiar de ciertos pronósticos á plazo fijo, nos dijimos al principio: es posible.

Yo, la verdad sea dicha, perdí pronto la esperanza: sabía algo de lo que ocurría entre bastidores. Pero callaba, por timo á equivocarme. ¡Y qué trabajo me costaba á veces! ¡Cuántos artículos rompí al acabar de escribirlos, y cuántos al leerlos en prueba! Me detenía la idea de contribuir al desquiciamiento de un organismo poderoso, al decir de los que lo manejaban.

Y mientras yo me entregaba á estos escúchulos y estas timideces, llegaban á mí rumores sordos de desavenencias continuas, de divergencias constantes, de ambiciones crecientes, de odios irreductibles que germinaban en la sombra, pero que aparecían revestidos de amor, fraternidad y desinterés en los mítins... Y hasta en los banquetes.

En varias ocasiones, al ver menudear los relámpagos al choque de las nubes de la discordia, exclamé: *la tempesta è vicina*; mas leía la prensa republicana ó cualquier documento del Comité de Conjunción, en que se daba como seguro el triunfo de la República en plazo breve, y me tranquilizaba algún tanto; nunca del todo.

Cuando hete aquí que llega al Congreso el asunto de las aguas de Barcelona, y dos diputados se hacen aguas en la unión, la fraternidad, el partido, la República; y se ha armado tal lío, y se ha puesto la cosa de un modo que, ó yo me equivoco, ó tardaremos mucho tiempo en resolver esta crisis, la más complicada, la más torpe y la más injustificada de cuantas he visto en el republicanismo.

¿A quién culpar? A los Sres. Azcárate é Iglesias, á quienes hego este argumento:

Si creían que efectivamente la Conjunción iba a traer la República, debieron pensar menos en sus conciencias, y más en la patria.

Y si no lo creían, por estar al tanto

de lo que pasaba de telón adentro, debieron callar también, para que nadie supiera que habían estado hasta entonces representando una comedia.

En el primer caso, resultarían ambos auxiliares de la monarquía, por no haber tenido la abnegación de sacrificarse en el altar revolucionario unos escrúpulos que, aun siendo justificados, significaban bien poco al lado de los altos fines que se perseguían.

Y en el segundo, quedarían convictos del crimen de haber engañado al Pueblo, haciéndole creer en una organización en que ellos no creían, entreteniéndole con esperanzas que no halagaban, engañándole con promesas que no podían cumplir.

Elijan.

## Lo que no sirve, estorba

No comprenderían bien lo que me he propuesto al intervenir nuevamente en la política republicana, quienes no advirtieran que de lo único que ahora trato, es de ver, ya que está deshecho el organismo que se suponía bastante poderoso para derribar la monarquía, si puedo evitar que, como otras veces, se empuñen unos cuantos señores en sostener que sigue vigoroso y potente; por que esto impediría trabajar en la creación del definitivo, suponiendo que lo definitivo sea posible entre nosotros por ahora, mientras el Pueblo republicano no tome una actitud enérgica y decidida para acabar con las pequeñeces y las miserias de arriba, imponiendo la organización que le plazca, en vez de aceptar la que le den.

Sobre el empeño en probar que la Conjunción subsistirá á pesar de todo, voy á repetir el ejemplo que ya puse otra vez.

Un hombre lleva una moneda de cinco duros en el bolsillo, y no la cambia por si se le presenta un día un compromiso ineludible.

Hace uso de ella el día que el compromiso llega, y se la devuelven porque es falsa.

¿Qué hace si no piensa engañar á alguno con ella? Tirarla.

Pues esto digo de la Conjunción. Si se ha probado que no es de buena ley, ¿para qué mantenerla si no se lleva el propósito de engañar, ó á los republicanos hasta unas nuevas elecciones, ó á los monárquicos con amenazas á lo Enano de la Ver?.

Aunque sería tiempo perdido, porque unos y otros estamos ya en el secreto.

## Lo que es, es

Comprendo que se resisten á dar por muerta la Conjunción los que la proclamaban fuerte y vigorosa; siempre es triste convencerse de que la fortuna no ha acompañado á una buena intención.

Le pasa lo mismo en los primeros

momentos á todo el que repentinamente se le muere un sér querido. No puede concebir que esté allí, sin movimiento, cerrados los ojos que le miraban cariñosos, plegados los labios que le besaban á dientes, frías las manos que le acariciaban suaves, muda la lengua que dulcemente le llamaba, sin latir el corazón, parado el pulso... ¡No, no es verdad, aunque lo parezca!... ¡Miente quien lo diga!...

Y piensa en que hay desmayos... Y catalepsias... Y médicos que reaniman... Y Cristos que resucitan...

Si; todo esto piensa en los primeros instantes. Y se indigna con quien procura volverle á la realidad...

Y, sin embargo, el sér querido está muerto. ....

Igual la Conjunción.

Tardarán más ó menos en convenirse de que ha acabado, aquellos que de buena fe creían en su vigor y poderío incontrastable para traer la República; pero al fin se convencerán.

Más no hay que desesperar por eso; pues así como la vida no se interrumpe en una familia porque muera un sér querido, sino que se modifica, así el republicanismo, al ver muerta la Conjunción, modificará su organización hasta volver á ponerse en condiciones de realizar lo que hasta hoy no ha podido.

Para esto sólo se necesita:

O que los de arriba, aleccionados por tanto fracaso, hagan lo que los republicanos portugueses: unirse de verdad después de haberse combatido tan ferozmente, pero sin otro programa que el de traer la República.

O que el Pueblo, cansado ya de servir las ambiciones de los unos, y corear los odios de los otros, y de ser engañado con ofrecimientos jamás cumplidos y halagado con promesas nunca realizadas, les diga á todos en el tono del que tiene derecho á ser obedecido:

«O seguid otro camino que hasta aquí, ó tomo yo por mi cuenta el metros en cintura. Y de no hacerme caso, se acabaron jefaturas, actas, presidencias, evaciones, banquetes, etc., etcétera. Porque yo, sin vosotros, quedo lo mismo que estoy: satisfaciendo impuestos, si tengo á go; muriéndome de hambre ó emigrando, si nada tengo; perseguido por el ciciqui, saqueado por el clérigo, desamparado por la justicia...

Mientras vosotros, sin mí, tendréis que ingresar en la monarquía si queréis figurar un poco (nunca tanto como ahora), y renunciar para siempre á la esperanza de enorgulleceros mañana de haber redimido á esta nación de la miseria y la ignorancia. Con que ved lo que hacéis.»

Y al hablar de ese modo, el Pueblo, no diría más que la verdad.

## Lo que mucho vale...

Teníamos en la Conjunción dos conciencias inmaculadas, y era un exceso

de lujo moral. Y había forzosamente que espiar esta avaricia.

Acaparar los capitales, ó acaparar las virtudes, produce á la larga igual resultado: el desequilibrio.

Y el desequilibrio ha venido para los republicanos, y nos ha costado:

La división durante un largo período.

El apazamiento de las esperanzas.

El acrecentamiento de los odios.

El volver á subir penosamente la montaña de la reorganización, que va ya asemejándose á la peña de Sísifo.

Pero como nada se pierde en la vida, sino que se traslada ó se transforma, la monarquía ha ganado cuanto nosotros hemos perdido.

Y puede ya dormir tranquila por algún tiempo: la máquina de guerra que podía destruirla se ha roto, y hay que recomponerla; las trompetas de Jericó que iban á derribar sus murallas se han obstruido y hay que limpiarlas. Descanse, pues.

Toda grandeza se espía, y nosotros hemos pagado bien cara la de ufanarnos con la posesión de dos conciencias superiores.

Aprendamos á prescindir en adelante de estos lujos. El vestido de púrpura es suntuoso, pero abriga más uno de lana.

Usemos éste á diario para los usos de la vida ordinaria, sin dejar por esto de admirar aquél... en los museos.

## Lógica de los hechos

El viernes llegó Larrroux con Salillas y Albornoza á Bilbao á celebrar un mitin, y los socialistas le silbaron, lo insultaron, repartieron profusamente impresos en que lo difamaban, é impidieron que el mitin se celebrase; y hubo bofetadas, y palos, y cargas de la fuerza pública; acabando con esto de clavetearse la discordia entre el republicanismo y el socialismo.

¿Debemos extrañarnos del suceso? No. Es la consecuencia lógica de dos errores: uno, el haber creído que podían unirse, con lo no fuese para una acción de momento, el republicanismo y el socialismo, habiéndose dedicado éste desde su fundación á combatir á aquél, con la aquiescencia y apoyo de los gobiernos monárquicos; y otro, el que algunos republicanos, ó equivocados, ó por alcanzar popularidad, ó por sumar votos, vienen buscando entre los socialistas ó los anarquistas una fuerza que sólo debieron demandar á los suyos.

¿Y qué se consiguió con esto? Restar simpatías al partido republicano entre el elemento civil, y más aún entre el militar, que podía habernos ayudado á traer la República y á defenderla luego contra los reaccionarios; resta de simpatías que se acentuó al excitar Pablo Iglesias al atentado personal contra Maura, y al no cesar los socialistas en su antigua tarea de dar alfilerazos á la institución armada.

Saludé la Conjunción, creyendo que

al aliarse Pablo Iglesias con nosotros, desdibujando su figura intransigente, vendría dispuesto á guardar las consideraciones debidas á las ideas de los que íbamos á darle lo que tanto anheló siempre: el acta de diputado. Cuando vi que no era así, pensé dar la voz de alerta, pero callé por las razones apuntadas: por no contribuir en nada al desquiciamiento que veía aproximarse.

Todas estas razones me impiden condenar hoy á los socialistas de Bilbao por haberse mostrado más intransigentes que los clericales. Y además esta otra:

Si Azcárate é Iglesias le habían dado el ejemplo de que no debe anteponerse consideración alguna á la exclusiva de conciencia ó de partido, ¿iban ellos á enmendarle la plana á sus jefes y maestros?

Por lo tanto, reconozcamos que lo ocurrido, debía ocurrir.

## OPINIONES

Como muestra del efecto que ha producido la conducta de los socialistas de Bilbao, allá van dos: la de un periódico monárquico y la de otro militar:

*El Diario Universal:*

«Los socialistas, que tan constantemente piden respeto para sí; los socialistas, que, marchando ó no tras las banderas de Pablo Iglesias, hacen constantemente también la misma petición, debieran comenzar por ser, más en ese punto que en ningún otro, ejemplares, y conquistar el respeto ajeno dando como prenda el respeto propio; lo menos que pudieron hacer ayer en Bilbao para proceder correctamente fué oír á los radicales; suponer que la inmoralidad, aun estando plenamente confirmada, y hasta ahora ni Pablo Iglesias ha dicho que lo está, de un hombre es motivo suficiente para condenar á un partido á perpetua mudez es demasiado fuerte, y si cada vez que sobre Pablo Iglesias ha caído el humo de la calumnia los partidos burgueses hubiesen seguido ese procedimiento, hace mucho tiempo que el partido socialista no existiría.»

*El Ejército Español:*

«Si ahora que no tienen á su alcance los resortes del Poder, usan de la violencia para impedir la propaganda de ideas que no son las suyas, pero que les son muy afines, ¿qué harían, si pudieran, para no permitir la exposición de las que les son contrarias?»

¿Y se quejan de la ley de Jurisdicciones!

¿Tendría que ver y que aguantar, la que ellos harían contra sus enemigos el día que gobernasen el país y fuera suyo el Parlamento!»

Después de leer esas dos opiniones, me he dado á pensar en lo que yo contestaría si fuese socialista, y francamente, no se me ha ocurrido.

Lo que me hace sospechar que acaso tengan razón esos dos periódicos en lo que dice.

## El problema

He aquí cómo viene planteado hace tiempo el del republicanismo en España:

Los monárquicos empeñados en que venga la República. Nosotros en que no.

Nuestras propagandas no traen un neófito á nuestro campo. En cambio, el proceder de los monárquicos empuja hacia nosotros millares de millares.

Pero llegan, y lo primero que tienen que pensar es en cuál agrupación (nosotros los llamamos purosamente partidos), han de afiliarse: si en la federal, en la progresista, en la radical ó en la Unión; y si vienen con tendencias conservadoras, á cuál hombre han de preferir: si á Melquíades, á Sol y Ortega, ó á Azcárate, porque todos se titulan conservadores. Y dudan, y vacilan...

Por fin, convencidos de que no se puede pertenecer á la Conjunción republicano-socialista sin matricularse antes en una fracción cualquiera, ingresan en una. Y desde aquel momento se les impone la obligación de defenderla contra las demás.

Y «este Cristo se... ciscó en todos los Cristos», como dice la gente de mi tierra defendiendo al de su predilección.

Y por esto se da el caso incomprensible de que, mientras más republicanos hay en España, más se aleja la República.

¿Se remediaría esto el día que vinieran nuevas elecciones y el Pueblo se negara rotundamente á votar? Quizás sí. Porque entonces, no teniendo posibilidad de poder estar en escena de otro modo, probablemente les daría á los que hoy bullen por hacerse verdaderamente revolucionarios.

Archivemos la idea por si conviene ensayarla algún día.

## La moral

Rindámosle culto siempre, mas sin estrecheces de criterio ni intransigencia en los procedimientos.

Sobre los que llamamos principios inmutables de moral, que á todo hombre obligan, flotan ciertos convencionalismos que no defendemos ninguno, pero que respetamos todos.

El vicio del juego, por ejemplo, debe condenarse, entréguese á él quien se entregue. Pero convengamos en que el hombre que juega lo que le sobra, no causa tanto mal como el que pone á una carta el pan del día de sus hijos.

La prostitución debe también condenarse, ejérzala quien la ejerza. Mas confesemos que no causa igual repulsión la prostituta que va aparentando honradez en un coche, que la desgraciada mal vestida y sucia que con voz aguardento invita al transeúnte á seguirla.

Nada de esto debería ocurrir dentro de los principios de la moral rígida, y

en caso de conceder alguna disculpa, sería justo aplicarla á los más desgraciados. Sin embargo, no es así.

Pues lo mismo ocurre con todo.

No recuerdo si fué Balzac quien dijo, «que los vicios á cierta altura se confunden con la virtud»; y aunque sea paradójica, en la práctica resulta real la frase.

## El balance

Una casa de comercio emprende varios negocios; en unos pierde, en otros gana. Si al final del año, ó de los años que necesita para desarrollarlos todos, resultan pérdidas, hay que condenar la gestión y cerrar la casa; si resultan ganancias, que aplaudirla y continuar trabajando.

Pues esto pasa con los hombres; sobre todo con los políticos. Hay que juzgarlos por el conjunto de sus actos. ¿Tienen más acciones favorables á su partido, ó á su patria en el *Haber*, que desfavorables en el *Debe*? ¿Han prestado más servicios que deservicios? Pues no debe tratarseles con la dureza que al que no tenga nada favorable en el *Haber*.

Podrá objetárseme que esta teoría no se ajusta á los principios de la moral pura, pero no negárseme que es la practicada por todos.

Por las gentes religiosas en primer término. Todos los clérigos católicos creen que, dejando al morir á la Iglesia parte de los bienes que roban, alcanzarán la salvación eterna. Y la Iglesia, al aceptarlos, halaga esa creencia consoladora.

Los que no tienen justificación nunca, son los comerciantes que fallan en todos los negocios, ni los políticos que nada provechoso hacen.

¿Que esto es disculpar en cierto modo la inmoralidad? No es tal mi propósito; pero si así resultase, conste que esto lo dice un hombre que, teniendo ya derecho á morir... de viejo, trabaja para conservar el pingajo de vida que le resta bajo iguales apremios que cuando la comenzó, y que funda su orgullo en verse obligado á hacer eso.

## De acuerdo

Aludiendo á la Unión republicana del Teatro Lírico, dijo hace pocos días *La Bandera Federal*:

«Sin duda, el Sr. Sol y Ortega no se acuerda ya de los hechos que concurrieron en 1903 para que el país republicano pactara la unión más grande y poderosa que registra la historia popular; sin duda el Sr. Sol y Ortega olvidó ya, que dados los empíricos medios de que dispone aún la ciencia, es totalmente imposible resucitar los muertos; y si en verdad de verdad, la unión republicana más fuerte y más potente que hemos conocido es la que el gran José Nakers hizo resurgir de la nada, y consagró el pueblo soberano en el teatro Lírico ne

Marzo del año citado, y si esta unión fué tan grande, tan fuerte y tan noble y pudo muy bien llegar á la cumbre para clavar en ella muy fuertemente la bandera republicana, el Sr. Sol y Ortega nos hará el honor de pensar y creer que esa unión á que nos referimos, murió para siempre en el Paseo de San Juan de la ciudad de los Condes, el mismo día que Salmerón—el jefe ungido por el pueblo soberano—abrazara á Solferino, el representante del odioso partido carlista, abandonando seguidamente el puesto de honor que le había sido otorgado por la gran familia republicana, para ponerse á la cabeza de la Solidaridad catalana, el contubernio político más indigno que registran los anales patrios.

Coincidió, ¿v cómo no?, con las apreciaciones que *La Bandera Federal* hace de la Unión de 1903. é insistió en los puntos que propuse, desarrollé y defendí hasta lograr que se realizase:

«Hombres, antes que partidos.

Pensar en el hoy más que en el mañana.»

## ¡Ya puede volver Maura!

Os felicito, conservadores que seguís al hombre que se negó á indultar á Ferrer. Cuando el rey quiera puede llamar á vuestro jefe al gobierno, sin temor á que nadie proteste en forma eficaz.

¡Que callen esos que dicen que no es posible; que callen! Cuando frente á ese peligro no han sabido vencer sus odios, ni ocultarlos siquiera, ¿cómo habían de olvidarlos aquel día? ¿Ni quién se fiaría de quién, para una acción común que impijese esa vuelta? Cuando se teme el ataque del amigo de al lado, no hay quien avance contra el enemigo de enfrente.

*El País* del sábado, al condenar á los socialistas de Bilbao por haber impedido el triunfo de los radicales, dijo entre otras cosas:

«Estamos locos. Parecemos atacar los de la monomanía suicida. Se hace la colosal unión de 1903 y apenas se abren las Cortes tiene que enredarse en la enfadosa cuestión entre blasquistas y sorianistas. Después de una innegable decadencia motivada por la Solidaridad y las divisiones endémicas, surge vigoroso el republicanismo desde la manifestación de Marzo de 1908 hasta la fausta alianza de socialistas y republicanos, gracias á las circunstancias igualmente bonancibles: la ausencia de jefes y de jefecillos y hasta de organización y los bárbaros yerros del maurismo. Y ahora, ¡oh dolor!, lo que unió el Pueblo lo desatan jefes y jefecillos, y lo que casó Maura lo divorciamos insensata, criminalmente, nosotros mismos.

Al pueblo acudimos; en él confiamos. En él... y en el retorno de Maura que estamos preparando todos los liberales, todos sus enemigos.»

Quisiera tener las esperanzas que *El*

*País* tiene en que la vuelta de Maura al poder pudiera determinar una sacudida potente en los partidos radicales. Mas no puedo.

Los ríos de sangre pueden vadearse, y se vadean. Los de mierda, no.

Y todo esto de ahora es...

No me atrevo á estampar dos veces la palabra.

## NUEVE AÑOS HA

Cuando aquí se puso en moda halagar al anarquismo y al socialismo, (ahora sólo se halaga al segundo) creyendo que únicamente así había derecho á figurar dignamente en las avanzadas del progreso, yo resistí la tentación, y publiqué el 25 de Enero de 1902 este artículo en *El Motín*:

### Advertencia y ruego

*A Blasco Ibáñez, Lerroux, Soriano y Junoy.*

Vais á recorrer casi toda España con el propósito de despertar el espíritu republicano y reorganizar las fuerzas que deben dar la batalla á la monarquía. Voy á permitirme señalaros el escollo en que tropezareis.

Todos vosotros habeis, en más ó en menos, halagado en estos últimos tiempos á los partidos obreros, al anarquismo especialmente. Digna de aplauso es la intención; no diré lo mismo de la justicia ni de la conveniencia.

Si, al partido republicano le perjudica confundirse en poco ni en mucho con el socialismo y el anarquismo, tanto como le conviene alzar muy alta la bandera de las reformas sociales.

Nosotros, los republicanos, so pena de dejar de serlo, no podemos ofrecerles más que lo que ha dicho Salmerón:

«Como contenido social mínimo del programa del primer gobierno republicano, todas las reformas sociales y económicas que se hayan realizado en los países más adelantados del mundo, sin perjuicio de cuantas surjan de nuestra propia y espontánea iniciativa, y de las necesidades y aspiraciones de los elementos nacionales de trabajo.»

Pero nada más que esto, y libertad completa para propagar sus ideales.

Estirparemos abusos, mataremos injusticias, pero no contribuiremos á que los señores socialistas y los caballeros anarquistas se pongan en condiciones de ensayar sus delirios. Esto no.

Hay que hablarles así, clarito... Y de este modo, si un día llegáramos, y ellos tratasen de hacer con nosotros lo que con la monarquía no han hecho, la ley se encargaría de traerlos á la realidad. Por algo somos un partido burgués, según ellos se enoargan de recordar á cada instante.

Hablándoles así, podremos esperar que los obreros no contaminados todavía de esos delirios, continúen ó se pongan á nuestro lado; mientras si, por considerarnos mal tenidas, por cálculo falsos ó por habilidad torpes, halagásemos hoy las tendencias de los partidos socialista ó anarquista, nos expondríamos á que mañana, al no satisfacerlas, por que sería imposible, se unieran ambos y nos perturbaran. Y entonces con mucha razón.

¡Y que no azuzarían con ganas á los

suyos los charlatanes, que nos odian casi con el mismo fervor que explotan á los obreros! Porque no nos engañemos. Nos odian más que á los monárquicos, más que á los carlistas mismos... ¿Por qué? Por que saben que nosotros somos los únicos que apartaríamos al obrero del camino de perdición por donde lo llevan ellos. Por lo tanto, dejémonos ya los republicanos de soñar con que nos ayuden á traer la República, y afrontemos valientemente su odio, ese odio que no pierden ocasión de vomitar.

En un periódico ácrata de Barcelona acaba el anarquista Ricardo Mella de publicar un artículo en que, calificando de un partido más vuestra tentativa de reorganización, dice:

«Inútil empeño el de aquéllos que hacen mucho tiempo no hallan árbol en que ahorcarse. Sueñan si piensan arrastrar al elemento popular á su Federación Revolucionaria. Sueñan si creen que lograrán ellos esta vez lo que no alcanzaron otros cien veces. ¡La revolución! ¡La República! ¡Basta esto á nadie? Hoy como ayer y como siempre, sean ó no republicanos, se preguntarán: ¿qué revolución? ¿qué República? Estas dos preguntas serán suficientes para que el nuevo partido, ni siquiera llegue á un partido más.

Todo se reducirá al aumento de las ya incontables fracciones republicanas, aumento que ahora, como antes, se verificará á expensas de los moribundos partidos tradicionalmente republicanos.

En cuanto al pueblo no hará mayor caso de esta sonata que de las otras. No gusta ya de esta música callejera, de murga desafinada, dicho sea con perdón de los eximios literatos republicanos del margen.

No sería probablemente el pueblo obstáculo á un cambio de postura; tal vez no le desagradaría que la murga se convirtiera en grande orquesta; quizá hiciera coro el día del gran festival revolucionario; mas, ¿para qué nuevas ilusiones?

No queremos soñar como los proponentes. La causa de la República está muerta y bien muerta. No hay partido republicano, porque no hay ideal republicano. Desengañen-se los señores Soriano, Blasco, Lerroux y Junoy: por ese trillado sendero no se va á ninguna parte.

Verán ahora los que han hecho cocos al obrero, adoptando posturas académicamente socialistas, cómo los obreros les vuelven las espaldas si por acaso les dieron cara alguna vez. Verán ahora los que continúan á un mismo tiempo en el vado y en la puente, como los obreros se les ríen en sus barbas encogiéndose de hombros al escuchar sus llamamientos de estulto oportunismo. Verán ahora cómo no hay más que una gran causa que servir francamente, sin ulteriores fines, sin doblez, sin ambición; la causa del proletariado.

Y como lo verán, será menester que declaren hondamente su nueva fe social y se entreguen en cuerpo y alma á la revolución obrera; ó que, sin antibologías, vayan á confundirse con la turba de los políticos de oficio y truchimanes de corazón.

Si algunos se creyeron acompañados del elemento popular, ¡qué solos se van á sentir ahora!

Lo que sucederá en lo sucesivo no es cosa de adivinación. Los girones del partido republicano, incluso el federalista, flamearán al viento de todas las ambiciones.

¿Qué os parece, queridos correligionarios, del juicio que de vosotros forma ese anarquista? ¿Qué de la manera que tiene de juzgar vuestras intenciones? Y lo peor del caso, es que no le falta razón en algo. Vuestros coqueteos anarquistas de ayer, os acarrean hoy esas censuras.

Pero de los escarmentados nacen los avisados; y, en tal sentido, bien haya el artículo de Mella, que ha venido opor-

tunamente á advertiros que os exponéis á un fracaso sino hacéis exclusivamente propaganda republicana, sin mezcla de anarquismo ni socialismo, aunque así saturada de todas las reformas sociales que la justicia, y más todavía la equidad, aconsejan, demandan y exigen.

Lo contrario; el habernos preocupado todos los republicanos más de ellos que de nosotros; el prodigarles elogios porque trabajan, como si nosotros no trabáramos; el hacerles creer que en ellos se vinculan la honradez, los nobles sentimientos, todo lo que enaltece, de tal manera ha ensoberbecido á cuatro necios que para demostrar su amor al trabajo comenzaron por abandonar su oficio, que han llegado á pensar que podrían despreciarnos, suponiendo que no somos nada, ni valemos nada, ni podemos nada, siendo aún el partido más numeroso de España.

¿Dicen que son más que nosotros? ¿Que tienen más fuerza? Demuéstrenlo como deben demostrarse estas cosas; los socialistas, trayendo al Parlamento una representación mayor que la nuestra; los anarquistas, acabando con los monárquicos, con nosotros y con los socialistas.

Lo que son los primeros, esto lo dice todavía, ni aun contando con el gobierno, han podido llevar un diputado al Congreso ni un concejal al Ayuntamiento de Madrid; y lo que valen los segundos, esto lo patentiza: le cuatro ó cinco meses acá, no han hecho más que agitarse. ¿Y qué han conseguido?

Una huelga, otra huelga... Y chillar, amenazar, quemar a gún tranvía, agredir á algún desdichado obrero que no los secunda, nombrar comisiones, formular bases, conferenciar con los gobernadores, mantener en constante alarma á las poblaciones y todo para qué? para ceder cobardemente luego y aceptar el trabajo en las mismas condiciones que antes. ¿Que el hambre les ha obligado á ello? Pues qué ¿no sabían que el hambre es compañera inseparable de la huelga? ¿O contaban con el cuervo de San Pablo para proporcionarse el pan de cada día?

Fuera de esto ¿qué hacen y para qué sirven? Hacen, el fantoche, éste, el terrible, aquél; unos trabajan y cotizan, otros huelgan y cobran; hacen además el callo gordo á la monarquía; hacen también que los obreros no sepan á qué atenerse ya, al ver que lo que algunos de los suyos le pintan como lo mejor, se lo presentan otros como lo más detestable.

Y sirven, para denigrarse ó insultarse, para llenar los presidios de desventurados é inconscientes que dejan en horrible miseria á sus familias; para introducir en cráneos chicos ideas que les permitan á ellos parecer grandes; para hacer que los obreros piensen con el estómago y elaboren inmundicias en el cerebro...

Eso hacen y para eso sirven los que, si han podido crecer y desarrollarse un poquito, ha sido por la ayuda, más sentimental que razonada, que los republicanos les hemos prestado.

Pero esto no hace al caso aquí: lo que importa es que la nación, que se compone de algo más que de anarquistas y socialistas, (de unos y otros habrá unos 300.000, y tiro de largo), vea que existe

en España una fuerza poderosa que impedirá la lucha de clases sin salirse del más amplio criterio democrático y que al mismo tiempo ayudará á las justas reivindicaciones de los obreros.

Y allí va una declaración, para que veáis, amigos Blasco, Lerroux, Soriano y Junoy, que no me duelen prendas:

Yo, por mi parte, no soy más que demócrata, republicano, y entusiasta ciego de la libertad; á la igualdad, en el sentido que hoy se entiende, la combatiré; no admito otra que la proclamada por la revolución francesa: la igualdad ante la ley; y en cuanto á la fraternidad, ¡oh!, creo que estaremos siempre á la altura que Caín y Abel en el pasado y que anarquistas y socialistas en el presente. Sobre esto opino que todos pensamos como Proudhon cuando decía, combatiendo á los socialistas:

«Fraternidad! Hermanos tanto como os agrade, con tal de que yo sea el hermano mayor y vosotros el pequeño; con tal que la sociedad, nuestra madre común, honre mi primogenitura y mis servicios doblando mi ración.»

No pretendo, aun cuando me envanecería mucho, que penseis como yo; pero sí quisiera que no olvidaseis ni por un momento, durante vuestra correría, que los anarquistas y los socialistas son los mis irreconciliables enemigos del partido republicano en España y la rémora más grande para mejorar la triste condición del obrero, y que en este sentido lo convendría que habéis al pueblo, sin distinción de localidades ni regiones.

Y ahora que os he señalado el escollo en que indudablemente tropezareis, sólo me resta rogaros, mis jóvenes y animosos correligionarios, que combatais en vuestra excursión al socialismo y al anarquismo, como tales partidos de clase. No restaréis con esto ni un solo obrero á nuestra causa, pues los ya afilia los á esas sectas perdidos están para la República, y, en cambio, podríais impedir que ingresaran en ellas aquéllos que todavía permanecen apartados.

Obrando de este modo, desmentiríais á ese anarquista que os ha insultado y á cuantos piensen como él, ganaríais en respetabilidad lo que perderíais en aplausos de inconscientes, y al partido republicano, y á la nación más aún, les prestaríais un gran servicio.»

Hoy que Blasco Ibáñez está en la Argentina, desengañado, ó buscando una fortuna; que Soriano, aunque disciplinado en avariciencia, como por su cuenta á los monárquicos como republicano simplemente; que Junoy figura en la Solidaridad y Lerroux se ve ferozmente combatido y silbado por los socialistas, no me parece inoportuna la reproducción de ese artículo, que me haría acaso pasar entonces á sus ojos por reaccionario.

El tiempo, que tiene el inconveniente de hacernos envejecer, no da de proporcionar ciertas satisfacciones de amor propio, al recordarnos que alguna vez tuvimos razón en lo que defendimos, atacamos ó presentimos.

JOSÉ NAKENS

## Recuerdo oportuno

Al ser desterrado Víctor Hugo de Amberes en 1852, pronunció un discurso, al que pertenecen estos párrafos:

«Amarse en la aflicción constituye la felicidad en el infortunio.

¿Y cómo podríamos no amarnos? Nos aflige la misma desgracia y nos anima la misma esperanza. Tenemos sobre nuestras cabezas el mismo cielo y el mismo destierro. Por lo mismo que vosotros llorais, lloro yo; el vacío que sentís vosotros, lo siento yo también; los que vosotros esperais, es lo mismo que yo espero. Siendo iguales en la suerte. ¿por qué no habríamos de ser hermanos por el espíritu?

¡Amémonos! Sufrir juntos es amarse. La diversidad, hiriendo nuestros corazones con la misma espada, los ha atravesado del mismo amor.

Nuestro objetivo es un solo pueblo; nuestro punto de partida debe ser una sola alma. Bosquejemos la unidad por la unión.»

Eso es hermoso, pero los republicanos españoles nos encargamos de demostrar que es falso.

Mientras más sufrimos juntos, más nos odiamos, y menos dispuestos estamos á unirnos de veras.

Y mientras más vemos sufrir á la patria, menos propicios nos hallamos á calmar sus sufrimientos.

Cada cual parecemos decirle:

«Primero que tú, son para mí los odios de secta, las satisfacciones del amor propio, la posesión del puesto que ocupo dentro de mi grupito. Aí, querida España, cada cual á lo suyo. Tú á tus penas: yo á mis egoísmos.»

Y obrando así, ¿cómo extrañarnos del desvío que hacia nosotros manifestan gran parte de la opinión?

Los egoístas engendran indiferentes; cuando no inspiran desprecio.

## La crisis del protestantismo

Voy á dar á los carlistas é íntegros que ahora banquetean unidos, á pesar de sus mutuos odios, una noticia que debiera serles grata si de veras les importara algo, ¡pillines, que os conocemos!, la prosperidad del catolicismo en España.

Al cabo de cuarenta y un años de ejercicio y propaganda, por lo general libre, entre nosotros, el protestantismo, venido de Inglaterra, ha fracasado completamente, y sus pastores ya no lo ocultan cuando hablan en confianza.

El que suscribe, que ha estudiado por muchos años, con asiduidad no interrumpida el movimiento protestante en nuestra tierra, y que un día esperó algo bueno de él para la libertad, tiene el honor y el disgusto de ser el primero que participe al público la realidad de esa bancarrota ya prevista.

Es tan grande, que el clero protes-

tante empieza á padecer estrechuras; no envían dinero de Inglaterra, ni de Alemania. Al pastor de la calle de Trafalgar hace meses que no le pagan, y piensa ya en marcharse, si no se ha ido; los Fliedner, alemanes, de los Cuatro Caminos, se quejan de que no les envían fondos; en la calle de Leganitos hay apuros; una misión de mujeres que trabajaba por los pueblos, ha cesado por falta de recursos. No queda más que la obra de la singular inglesa iluminada y millonaria doña Julia (centro de la calle de Silva), y tan mal dirigida está y lo estuvo siempre, que no da fruto alguno de conversiones, ni hace cosa de provecho con tanto como gasta, porque es imposible que la realice.

Pero, ¿no estaban los protestantes en plena agitación expansiva? Esos mítins que dan poco a poco, sus mociones en pro de la libertad de cultos, ¿no significan un avance?

No, desgraciadamente; todo eso es ruido, cumplir y mentir. Algunos individuos del contingente joven, como Fliedner, Cabrera (hijo), Arenales, Oviedo, etc., habían convenido en que la situación del protestantismo era de lamentable aislamiento y que no se podía continuar así; era necesario hacer algo, dar intensidad á la propaganda, asociarse al movimiento de empuje anticlerical, hacerse visibles por la palabra hablada y escrita en mítins y en periódicos, saliendo de la sombra fría y desierta de las capillas.

Pensaron dar al semanario de los Fliedner y al de Cabrera, dos periódicos insulsos, parecidos á *La Semana Católica*, un carácter y formas asequibles al favor público, y asimismo idearon su plan de acción enérgica y decisiva. Pero tropezaron con tres obstáculos: la división de sectas, que hace mirarse de reojo á luteranos y calvinistas; los de la calle de la Beneficencia y los de la de Leganitos; ingleses y alemanes. Además, otra división: la existente entre los jóvenes y progresivos y los viejos rutinarios, tan cerrados de criterio arcáico y clerical como los neos católicos. Esta gente aborrece á los liberales en concepto de impíos; no quieren oír hablar de libertad y de progreso; es mística y retrógrada; nimia, desconfiada y huraña; no se va con ella á ninguna parte, ni ella deja avanzar á nadie: protestantismo estéril.

El tercer inconveniente, el peor, la falta de dinero. La masa de público protestante es pobre. Gran parte de ella ha ido á la R forma en busca de socorro material, no por impulsos de la convicción; tomar, lo que quieran; pero, ¿dar? Ni los buenos días. Los otros no son ricos, ni fervientes por lo general. De la masa no se puede esperar nada, no se parece á la católica, siempre dispuesta al sacrificio, por lo menos de su dinero.

Quedaba tan sólo el auxilio de fuera, y lo requirieron; pero al cabo de muchos regateos se supo que en el extranjero se negaban, no ya á aumentar los

recursos pecuniarios, sino á continuar enviando los de costumbre. ¡Tableau! El protestantismo se quedó pegadito á la pared.

La negativa del extranjero tenía su fundamento.—Eh, señores, que llevan ustedes ahí más de cuarenta años, costándonos bastante dinero, y no han hecho nada ni llevan trazas de hacerlo; en vez de avanzar, reculan; para ese resultado, bastante hemos contribuido ya.

..

La culpa de este innegable fracaso ahora se la cargan unos á otros los pastores y congregantes españoles y los extranjeros. Dicen éstos que, exceptuados dos ó tres clérigos católicos convertidos en pastores protestantes, los demás no valen absolutamente para nada; son ignorantísimos, poco laboriosos é ineptos para la propaganda y aun para el culto.

Por su parte, los españoles acusan á los ingleses y alemanes de un orgullo despreciativo hacia todo lo español que los hace odiosos y les impide estudiarlos para conocerlos. Imposible conseguir prosélitos en una sociedad á la cual no se ama ni se la quiere conocer. Cuando los superiores, que son extranjeros, desprecian á sus subordinados españoles, la aversión de éstos es lógica é impide el trabajo asiduo hecho con entusiasmo, único eficaz.

Ambos grupos tienen razón. El que los estudie un poco no tardará en percatarse de que entre todos los pastores indígenas y exóticos no pueden d-escalzar como oradores á un Calpena ó González Reyes, católicos; como misioneros y propagandistas, al jesuita menos hábil; como hombres de ciencia religiosa, á la menos notable de las ilustraciones del clero católico español. El protestantismo ha enviado á España lo peorcito de su clero, lo menos capacitado para conocerlos; por fuerza debía aleccionar y disciplinar deficientemente á los pastores españoles. De ahí que los únicos un poco aceptables sean los procedentes de la Iglesia romana, que al fin llevaban hecha una carrera.

Ello es que han pasado los años, casi medio siglo; se han invertido bastantes millones, y el resultado una derrota inculcable. Sea la culpa de la parte que fuere, el protestantismo en total sufre las consecuencias.

No han de extrañarlos aquellos que algo lo conocen. Vino aquí sin haberlos estudiado; no trajo elemento alguno adaptable á nuestra raza; no supo, ni le era fácil, dar con los resortes del alma española; y para colmo de errores, aun viendo que el catolicismo hacía causa común con la reacción, los protestantes no se asociaron sinceramente, decididamente, al avance liberal y revolucionario, del cual desconfiaron constantemente, lo mismo que los católicos.

Es sensible, pero constituiría delito de lesa opinión ocultarle esta verdad tristísima: del protestantismo no pueden esperar nada las aspiraciones progresi-

vas de los españoles; es aquí inepto, vacilante y tímido, rutinario y nimio; pequeño, estrecho y tozudo; está dividido, trabajado por odios intestinos; las condiciones más propias para no ir á ninguna parte.

JOSÉ FERRÁNDIZ

¡Hija de mis ojos,  
tan inocentita,  
y fué á confesarse, y el «parroquidermo»  
le abrió la pupila!

## Derecho á la vida

Hace poco tiempo leíamos en la prensa la odisea triste, espeluznante, de un hombre falleciendo de inanición por esas calles. Rechazósele bajo pretextos fútiles, altamente inhumanos, de cuantos establecimientos benéficos reclamara auxilio. No conmovió el lastimoso estado de aquel mártir, y en medio del arroyo, como una bestia, murió sin que su extenuado cuerpo pudiese descansar en misero colchón, sin que sus labios, resecos por la abstinencia y cansancio, hallaran el más pequeño alimento reparador de su organismo torturado de dolor y sufrimiento sabe Dios cuanto tiempo contenidos.....

Poco después, en un desmonte de la calle de Alberto Aguilera, otro desgraciado sucumbía agarrotado por el frío y por el hambre. Sus compañeros de guardia, espantados, corrieron en busca de socorro ya tardío; dicen lenguas haber entre ellos *cierto sacerdote de ruidos hábitos* y una pobre costurera, ambos, naturalmente, como su infortunado conhuésped, en el más completo estado de miseria.....

Estos días, hambriento y helado, ha muerto también un matrimonio.

¡Horrible maldición la que, al despedirse de la vida, debió brotar de aquellos labios trémulos!

¡En España, que blasona de culta y hospitalaria, en pleno siglo XX, pereciendo sus ciudadanos por las calles, faltos de alimento y abrigo, en tanto ceden á frailes y monjas sus bienes los poderosos!

Tragedias análogas arrancan lágrimas de dolor, al ver cómo esta pobre Patria se hunde más y más en el cieno de la vileza y la corrupción.....

Necio quien, sintiendo los fustazos del hambre en su estómago y los estremecimientos del frío en sus huesos, no se lanza airado á defender la vida contra la apatía de esta miserable sociedad que asiste impasible al espectáculo de su desquiciamiento, y que se indignaría si alguien le dijera á uno de esos infelices:

¿Te encuentras sólo? ¿Te niegan tus semejantes pan, ropa con que cubrir tus carnes ateridas?

¡Roba, estulto; mata, imbécil, si es preciso, antes de caer como un espectro! ¡Si hasta los animales se lanzan furiosos sobre el primero que cruza su camino cuando les acosa el hambre! ¡Y eres superior á ellos!

CARLOS DE ROZAS

## COSAS QUE HE DICHO

Un periódico ha escrito, dirigiéndose á mí:

«Dime dónde está la República y vamos a buscarla.»

No, es pronto aún para que yo lo diga. Ya complaceré á los que piensan así. Hoy por hoy, mis aspiraciones son más modestas; se reducen á decir:

«No busqueis la República por donde la buskais. Por ahí no la encontraréis.»

Porque no puede encontrarse la República por el camino de la rutina en todo: en teorías, en prácticas, en procedimientos.

Ni manteniendo el santonismo, cada día más exigente y avasallador, frente al ansia de movimiento, de vida, de luz, que acucia á la generación nueva.

Ni halagando esperanzas á sabiendas de que no podríamos satisfacerlas el día que viniese la República, disgustando así á nuestros naturales é indispensables aliados.

Ni gastando en luchas electorales energías y dinero.

Ni cuidándonos de lo externo, de lo aparatoso, de lo ridículo, más que de lo interno, de lo serio, de lo práctico.

Ni sintiendo escrúpulos que no deben tenerse cuando de la salvación de la patria se trata.

Ni dividiendo al partido republicano en aristocracia y plebe, pidiendo para ésta puntapiés y latigazos.

Ni perdiendo el tiempo en resolver diferencias de Juntas y Comités, habiendo tantas cosas importantes que realizar...

Llenaría el número, si hubiese de enumerar todo aquello que nos impide llegar á la República. Por esto termino repitiendo:

«Por el camino que se sigue no llegaremos. Ya diré por el que podríamos llegar, cuando los santones no puedan obstruirlo.»—1905.

Ha muerto aquel infame Pedro Ramírez (!) el *Pinche*, que mató por la espalda al bravo teniente Cebrián, y que fué premiado por los restauradores con mil pesetas, el indulto total inmediato y la licencia absoluta.

Y ha muerto en Abelda (Logroño) de una puñalada que recibió en riña.

Lo siento, porque nos ha quitado al esperanza de verle un día con el corbataín al cuello y el verdugo al lado.—1900.

Yo he contribuido cual ninguno, y de ello me glorío, al desprestigio político de los hombres que desprestigiaban la idea republicana con su conducta inhábil, cobarde ó egoísta, mas nunca pensando en lo que participadamente me interesaba; no lo hice para abrirme paso ni alcanzar un puesto; ni siquiera por

malquerencia, ni siquiera por venganza.

Porque no odio á ningún republicano, aunque combata á muchos por lo que hacen; y olvido si alguno me ha ofendido, en el momento que se trata del bien de la República.

Por esto, y para evitar el contagiarme con las pequeñeces y miserias que la emulación engendra, jamás he solicitado cargo alguno, ni aceptado puesto en organismo republicano. Quiero ser libre para juzgar sin trabas, y por esto me condeno á una especie de reclusión, que me impide avanzar por el camino que conduce á los cargos que dan consideración y prestigio. Y por esto también huyo de enajonarme en partidos que tengan derecho á exigirme respeto y disciplina.—1902.

Por haber dicho el general Blanco que se enemistó en Filipinas con los frailes, *porque tratan á los indígenas como á bestias*, un periódico valenciano publica un artículo con este título: *Que fusilen á los frailes*.

He tratado de indignarme y no lo he conseguido.

Será tal vez por la costumbre que tengo de considerar al fraile de diferente especie que el hombre.—1897.

Hay un cuadro hermoso, original de no recuerdo qué pintor, del que he visto una copia, y que representa esto:

Le pusieron á una gallina huevos de pato para que los empollara, salieron del cascarón los polluelos, los abrigó cariñosa, y á los tres días se acercó con su prole á la orilla de un estanque.

Lo mismo fué ver el agua, se arrojaron los patitos á ella impulsados por su instinto, y la madre se quedó mirándolos con expresión tal, que jamás, no digo en ojos de gallina, en rostro humano se retrató más intensamente la pena y el asombro.

Después de hecha la Unión Republicana el 25 de Marzo de 1903, ¡cuántas veces ha acudido á mi memoria el recuerdo del cuadro ese, al ver á los republicanos, que creía yo haber unido para más alta empresa, lanzarse frenéticos sobre comités, presidencias, vicepresidencias, concejalías, diputaciones, etcétera, etc!—1905.

En los siniestros ocurridos en los ferrocarriles españoles durante el mes de Febrero, resultaron *diez personas muertas y diez y nueve heridas*, la mayor parte de gravedad.

Ménera de que disminuyan los siniestros: obigar á cada personaje político, consejero de las Compañías, á abonar cinco mil duros por muerto y tres mil por herido, y, en caso de insolvencia, que los abone por ellos el Consejo de administración.—1896.

Díceme un amigo de Reus que hay allí concejales republicanos que llevan cirio en las procesiones, acompañan sus

hijos con el ramo de olivo á la iglesia y consienten á diario el espectáculo de que se lleve á la cárcel al infeliz que se encuentra implorando la caridad pública, mientras toleran y hasta saludan al fraile y la monja que constantemente acosa al vecindario pidiendo limosna con diversos pretextos, limosna que sirve para sostener en la holganza á gentes que viven en constante carnaval.

Por cada correligionario que me escribe diciéndome: «aquí estamos en el verdadero terreno y decididos á todo», hay veinte lo menos que me dicen: «Los republicanos de aquí son el principal apoyo del clero.»

¡Qué epidemia de hipócritas y farsantes! Ni la bubónica.

Siguiendo así, voy á verme precisado á abrir esta nueva sección en EL MOTÍN.

*Manejo de republicanos místicos.*—1901.

Un inspector de policía solicita la plaza de verdugo de Madrid.

Si no lo han separado aún de su cargo, será porque haya quien quiera tener á sus órdenes hombres con instintos de verdugo.—1896.

El *Diario Universal* ha sido denunciado por el supuesto delito de excitar á la matanza de los frailes.

Si no leo esta noticia ¿quién sabe? acaso se me hubiera ocurrido copiar lo que dijo *El Diario*, creyendo inocente de mí lo que no era pecaminoso.

Y no lo juzgaba pecaminoso, por haber aprendido que el anhelo más grande de los justos es sufrir por la religión; y la mayor gloria entrar en el cielo por la puerta del martirio.

Mas enterado ya por esa denuncia de que no puede contribuirse en forma alguna á que los humildes siervos de Dios satisfagan cuanto antes ese anhelo y alcancen lo más pronto posible esa gloria, me guardaré en adelante de decir lo que pienso acerca del asunto.

Que dé los escarmentados nacen los avisados.—1904.

¿Que cuáles son mis méritos? Revolucionariamente hablando (si por tal se entiende el andar á tiros) mi hoja de servicios está en blanco. Como la de todos, *absolutamente la de todos* los que han adquirido en estos últimos tiempos cartel de revolucionarios sin haber demostrado prácticamente que lo fuesen. Indudablemente lo demostrarán cuando se les presente la ocasión; pero, entretanto, forzoso les será, como á mí, conformarse con la nota de los militares que no se han batido: «Valor: *Se le supone*.»

Ahora, si por revolucionario se toma al que combate sin tregua la injusticia y trabaja para que los de abajo se den cuenta perfecta de su situación, los anima para que salgan de ella, ó los fustiga porque no lo hacen, entonces, sí; algo he hecho: lo bastante para rogar al

que haya hecho más desde la restauración, que se presente á recibir mis homenajes.

Mas por esto, porque no he hecho todo lo que estaba obligado á hacer, jamás he pretendido cargo, puesto, ni preeminencia entre mis correligionarios. No quiero estafar un prestigio que no merezco, como tantos lo han hecho, y lo hacen, y lo harán.

Mi orgullo, que lo tengo tan grande que resulta insoponible, no se basa en lo que he hecho, sino en lo que he dejado de hacer.—1905.

Un político monárquico ha reiterado su profesión de fe católica al recomendar en Chinchón la candidatura de un amigo que aspira á diputado provincial.

A este paso, no sería extraño que dentro de poco viéramos á la puerta de los *kiosks de necesidad* ciudadanos con la faz desencajada, afirmando su religiosidad para que les permitan colarse, en una mano la cédula de comunión y en la otra los diez céntimos, mientras allá, por regiones más apartadas, la tempestad ruge amenazadora...—1903.

Hay quien duda todavía si los republicanos deberemos ser médicos ó cirujanos políticos cuando triunfemos.

Yo creo que ambas cosas: cirujanos para amputar lo gangrenado; médicos para fortalecer el organismo social.

Amputaciones en las personas habría que hacer pocas.

En el bolsillo: ahí es donde habría que hacer amputaciones á granel á todos los que tuvieran tumores producidos por la inmoralidad ó el privilegio.

Les dolería más que si se las hiciéramos en la carne.

Y el mal hay que atacarlo donde existe.—1906.

La timba de Montecarlo ha consignado en la última temporada, ó *año económico*, 225.000 francos para el obispo, clero y escuelas de Monaco, y 150.000 francos más para *obras pías*.

Líbreme el cielo de juzgar los actos del Dios sabio, bueno, justo, misericordioso, etc., etc.

Pero séame permitido declarar, que no se me alcanza la idea que tuvo al mandar su hijo á la tierra y hacerlo perecer en un patíbulo, para fundar una religión que, andando los tiempos, permitiese á ese obispo y á esos curas vivir de los productos de una chirrata de año bordo.

A los misterios que ya había, añado este por mi cuenta y riesgo.—1900.

Todo entre los republicanos es hoy pequeño, muy pequeño.

Para acabar con esta política de campanario, personalismo, abolengo y fraccioncita, é ir á alguna parte, es preciso preparar unos moldes muy grandes y vaciar en él al partido.

¿Programa? El de traer la República.

Lo que nos divide, lo que nos dividirá siempre, es pensar en el mañana.

Venga lo que venga una vez exterminada la monarquía, el pueblo saldrá ganando.—1896.

Y en tanto que los de arriba no se entienden, el Pueblo, el amo, ese que da los poderes y los quita; que, según las circunstancias, la ocasión y lo que de él se espera, se ve halagado ó menospreciado; que unas veces *está capacitado para el ejercicio del poder*, y otras *no tiene conciencia de sus deberes*; sensato cuando vota, é indisciplinado cuando manifiesta deseos de que se le ordene protestar en otra forma; ese pueblo, eterno comodín de los que se preparan ahora á adularle para que ejerza el sacrosanto derecho de depositar su voto en las urnas, ese pueblo calla, pensando acaso para sus adentros en aquel sentenciado á muerte que iba caballero en un burro camino del cadalso, y que dijo á los que corrían para presenciar su ejecución: «No correr, que hasta que yo llegue no empieza la función», y diciéndose para sus adentros: «No gritar: hasta que yo no me resuelva á daros mi voto, vuestros gritos se perderán en el vacío.»—1905.

Wilson, el yerno de Mr. Grevy, expresidente de la República francesa, ha sido condenado por el tribunal de Policía correccional á dos años de cárcel, tres mil francos de multa y cinco años de inhabilitación.

No digo por traficar en condecoraciones, por traficar con la honra ó la integridad de la patria y saquear su tesoro, no sufre aquí ningún personaje un percance por el estilo.

Aquí sólo castiga la opinión, pero en voz muy baja, para que no se entere y la obligue á callar la justicia.

Es decir, la justicia que administran los tribunales.—1888.

Un escritor americano ha dicho:

«Dadme un inocente que se preocupe con pertinacia del bien de los demás y yo os devolveré ras de algunos años un hombre político importante.»

Ahora me explico por qué no hay estadistas en España: cada político se preocupa exclusivamente de lo que le interesa.

Pero, no; ese pensamiento es falso.

No unos años, mi vida entera he sacrificado al bien de los demás, y me encuentro al final de la jornada con que soy un político tan detestable, que me equivoco siempre que alabo ó saco á flote á otro político.

No debo admitirse sin el correspondiente examen nada de lo que se oye ó se lee.—1905.

El republicano es un gran edificio, pero hace tiempo amenaza ruina por varios lados, y venimos poniéndole puntales que su misma grandeza hace

ineficaces. Urge repararlo con solidez que desafíe el tiempo.

¿Podemos? Pues á ello. ¿No? Pues á derribarlo. Y una vez en el suelo, como se construyó con excelentes materiales, escojámoslos y hagamos con ellos un gran edificio á la modern.

Lo cuarteado, lo podrido, lo inútil, al hoyo de los escombros; lo sano, lo resistente, lo útil, á la edificación.

Y todo esto hay que hacerlo pronto, porque el derribar exige más oportunidad que el construir. Un derribo retrasado puede causar muchas desgracias y hasta hundir el piso sobre el que hay que edificar...—1900.

Hay republicanos de esos que han salido del cascarón de la insignificancia merced á la gran incubadora del 25 de Marzo de 1903, que se preguntan estos días desde la altura del acta con que sueñan: «¿Quién es Nakens?» Y se contestan á sí mismos muy satisfechos: «Nadie».

Cuidadito con lo que se habla, aspirantes á pretendientes de la plaza de diputado ó concejal: no vayáis á deprimir á vuestros ídolos actuales, por combatirlos á mí. Mientras yo menos sea, menos valdrán ellos, que andan de cabeza por haber escrito yo cuatro renglones.

Conviene más, creedme, decir que soy un hombre superior (aunque no sea verdad). Sólo así, colocándome muy alto, podrán explicarme en parte vuestras cómicas indignaciones.

Quedamos, por lo tanto, en que sostendréis en adelante que yo soy un hombre excepcional. De este modo, si me venciérais, ganaríais gloria; y si yo os venciere, no quedaríais humillados.

Hay que dominarse, hay que dominarse un poquito, majaderos.

La perspectiva de un acta fantástica no autoiza para exagerar tanto.—1905.

Nunca he adulado á las misas, y pocos habrán consagrado más por entero que yo su vida á demandar justicia para ellas. Como nunca les he pedido ni pienso pedirles nada, no he necesitado adularlas. De todas las faltas políticas, ninguna para mí tan censurable como ofrecerle al pueblo lo que de antemano se sabe que no ha de poder dársele.

Se engañan los que, para pasar por radicales, halagan al socialismo y al anarquismo. Lo único radical es la democracia: dentro de ella se puede llegar á todas partes.

Ese error corre parejas con la mala fe de los que afirman que es necesario trabajar materialmente para interesarse por el obrero. No. Para combatir las injusticias que con el pueblo se cometen, no es preciso sufrirlas.

Y diré más. Tiene doble mérito el que, sin ser obrero ni esperar nada de los obreros, se dedica á su defensa, que quienes, perteneciendo á la clase, piden para su parroquia, trabajan para sí mismos.—1902.

JOSÉ NAKENS

## JUICIO SERENO

Fría y serenamente debemos de observar, con detenido análisis, la paciente y destructora labor de esos repulsivos y malvados entes que componen la *mano negra* del anarquismo blanco, más vulgarmente conocidos con el odioso mote de *neos*.

¿Qué es un neo? Todos lo saben, porque el que menos, conoce mejor ó más mal la tétrica figura de alguno: ha tenido noticia de su falsía, de su falta de caballerosidad, de nobleza, de honradez, de altruismo; vió de cerca, sintiendo los escalofríos de un malestar inexplicable, el semblante falso, con gesto de resignación fingida, torva la mirada, faz y facha de inquisidor cruel, de escorpión venenoso, de reptil inmundo con carátula de santo y pie de cordero.

La observación nos ofrece otra clase ó matiz, que si en el fondo alcanza menor grado de perversidad, es en su apariencia más antipático que el otro grupo y, por de contado, más molesto.

Hacemos alusión al neo batallador, agresivo, insolente, procaz, al neo atiborrado de santa ignorancia, vano, lleno de necedad hasta las uñas, que dice majaderías á montones, cocea á su sabor, y en toda ocasión sale con la suya de batir el «record» como vacío, grosero y bruto, patentizando siempre su falta de mundo, carencia de juicio y de cultura.

Unos y otros, unidos en compacta amalgama de odio á todo lo existente, pretenden dominar é imponerse á los demás con las apariencias de una virtud mentida, é invocando dogmas y fábulas religiosas de que son fanáticos los menos, ya que los más son perfectos modelos de refinada hipocresía.

El clérigo, que ve amenazada su ventajosa condición de ser privilegiado, con el avance de las ideas liberales, que las doctrinas y corrientes modernas propagan é imponen, emancipadoras de la conciencia, redentoras del hombre en todas sus manifestaciones, es, por su conveniencia, cuando no de corazón, aliado y decidido auxiliar del neismo; de los repulsivos y odiosos fariseos que solapadamente laboran con ardor en contra del progreso humano y de la felicidad social.

De la maldad bárbara y encapuchada que conocemos con el nombre de *fraternidad*, no hay para que hablar. Esa es la avanzada de la hueste, la guerrilla cabría encargada de luchar en vanguardia para dar batalla continua, con las armas innobles de la mentira y la hipocresía, á la verdad científica, á la libertad de pensamiento, á la conciencia social, recogiendo como botín de guerra «nuevas dotes» de «ricas» novicias y pingües legados de viejas devotas.

En la sombra de las alcantarillas ultramontanas celebran los neos sus aquelarres, conspirando la inamente para oponer diques de inmundicia tradicional á la marcha triunfadora de la civilización, al avance demoledor de los ideales redentores con que el siglo brinda á los humanos, iluminando su inteligencia con torrentes de luz.

Dique inmundo y siniestro es el culto herético á un corazón diviniza lo con grotescos atributos; la grosera martingala de pitonisa logrera para em-

bucar incautos; impio y sacástico amuleto que transfigura al rebelde montaraz de Galilea, cuya vida fué una protesta contra la patraña religiosa y cuyas frases eran escupitijos para el neismo de su época, en un ente afeminado, en un luis de similar con más facha de sodomita perfumado que de iconoclasta revolucionario, que de genio sublime y alma acerada con a nores para la justicia y el bien, con odios grandiosos para la mentira, el fanatismo y la opresión de los poderosos.

Diques son esos bloques forma los con gentes ignaras, de espíritu empobrecido y voluntad enferma, conglomerados despreciables y absurdos que se distinguen con el nombre de «cofrades». Por compromiso, que no es otra cosa que inconfesable cobardía, figuran en esos deformes batallones de la fe personas de buen criterio, pero con estómago bastante fuerte para resistir sin náuseas las hediondas emanaciones clericales y reaccionarias; y con arrestos para formar sin rubor en las filas mercenarias del oscurantismo.

Parapeto es en contra de la ciudadanía el contubernio de funcionarios, aliados por debilidad ó por insidia de la peste negra, ejecutores conscientes ó cómplices borreguillos de planes siniestros.

Y auxiliares poderosos, juzgándose atrincherados en opuesto campo, son los inocentes liberales, que disparan sus baterías con proyectiles de corcho, ofreciendo el pecho descubierta á los envenenados dardos jesuíticos. Liberales furibundos, que educan á sus hijas con hermanucas zafias y permiten á sus esposas acudir á toda juerga mística, para ser en el hogar lima sorda de la liga vaticana, manzana de discordia, sisa cuotidiana para engordar la bestia apocalíptica.

Así se nos ofrece en cada pueblo (con excepciones bien raras) el poderío absorbente de la casta maldita. La juventud desanimada, triste, apática, sin ideales; muchachas y muchachos, en la flor de la vida, cuando las ilusiones son exuberante aroma del corazón, mustios y fríos como pájaros enjaulados; hombres con el espíritu deprimido, moralmente decrepitos; mujeres agostadas, melancólicas, aburridas. El neismo ha triunfado sobre la naturaleza: aprisiona la actividad, atrofia el sentimiento, embarga la conciencia. El tope lúgubre de una campana regula toda acción colectiva é individual; el rezo anquilosador del espíritu, es práctica obligada; el semblante triste, conveniencia; el rebajamiento moral, mandato; el ejercicio idolátrico, virtud.

En cambio es toda manifestación espontánea del pensamiento, herejía; toda efusión del alma, liviandad; la alegría, locura; la consecuencia honrada, pecado.

Más despacio, ya que hoy va resultando largo este artículo, estudiaremos al neo con toda amplitud, examinando sus cualidades como ser egoísta, cruel, felón, roñoso, esquinado, ta lino, embustero, avaro y dominante. Ahora, para terminar, sólo afirmaré que tales fulanos son algo inferior y despreciable, seres fracasados en todos los órdenes de la actividad humana, gentes que llegaron á creerse superiores en loca fibra de gran leza, y que, convencidos de su falta de meollo y de arrestos

para triunfar noblemente en la vida, laboran, ciegos de envidia, estimulados por bajas pasiones, la desgracia y el fracaso de los demás.

Pueblo: eres noble y bueno, pero tu piel está infestada por el asqueroso microbio de la sarna, que soportas paciente y raras con indolencia. Por higiene y por decoro es indispensable que extirpes esa puerca enfermedad. Para ello solo hay un medio. Destruir.

CARLOS CALZADA

Maresita mía,  
yo no sé por donde  
juve la rubia de mis entretelas  
con un sacerdote.

## VISTO Y OIDO

Entro en un bazar de juguetes y miro á mi alrededor. Por todas partes veo tambores, cornetas, sables, cañones, penachos, banderas y arreos militares. Ante aquella serie de objetos relucientes, experimento una sensación de fatiga. Más que juguetes destinados á producir en la infancia ideas de paz y de cariño, semejan instrumentos de ruido y de lucha, tan sólo útiles para excitar la soberbia, el orgullo, la crueldad. Yo creo que la industria constructora de juguetes va mal dirigida. Se tiende más á exaltar la imaginación del niño que á procurar su instrucción y su desarrollo físico. Y esto es muy peligroso dada la influencia decisiva que los juegos ejercen sobre la educación de los pequeños. ¿Quién sabe si muchas de las cualidades morales que el hombre tiene en la vida, dependen de un juguete que tuvo cuando era niño!

..

A cada momento oigo decir que la civilización nos ha distanciado de los salvajes. No obstante, estamos seguros de no causar risa á uno de éstos si nos viera vestidos de chaquet y con chistera, presidiendo cualquier acto oficial ó nos contemplara bailando las extrañas figuras de un cotillon?... El progreso nos ha reportado grandes ventajas, pero no ha conseguido emanciparnos del ridículo. En presencia de los hombres primitivos debemos aparecer risibles con nuestros trajes y con nuestras costumbres.

..

En los actos más pequeños de la vida es donde el hombre descubre su vanidad y su egoísmo. Por eso resulta interesante prestar atención á esas mínimas acciones que el individuo ejecuta cuando no se cree observado. Yo he visto á un señor que lucía en el ojal de su gabán la roseta de una condecoración, subir de visita a una casa, y á solas en la escalera cambiar de sitio el botón decorativo, colocándole sobre su levita. De este modo, al quitarse el abrigo, conseguía ostentar ante las gentes de la casa la condecoración ya lucida en la

calle. De creer es que terminada la visita, y al hallarse de nuevo en la escalera, empleara en el trabajo inverso algunos minutos. ¡Cuánto orgullo no supone operación tan pequeña!

A menudo habreis visto hacer á personas muy formales otra pequeña, que consiste en arriancar de los objetos que regalan las etiquetas denunciadoras del precio. Satisfacen así, no sólo su vanidad, sino también su egoísmo, pues haciendo creer á la persona á quien obsequian en el mayor coste del regalo, la dejan obligada á corresponder con más de lo justo cuando llegue el momento de pagar el obsequio.

Un día fijé mi vista en la puerta del piso donde habito. Contemplé en ella un picaporte, un cerrojo, una barra, una cadenilla colgante, una cerradura inglesa y un pequeño ventano revelador de la desconfianza con que pienso recibir al que se acerca á mi casa. Terminada la inspección, salí á la calle y visité á un amigo mío que posee una granja en las afueras de la corte. Mi amigo cuenta para defender su campo con a las tapias coronadas de trozos de vidrio, una puerta de hierro con candado, un fiero mastín y un guarda con escopeta. Al ver este aparato, recuerdo la puerta de mi casa, y exclamo para mis adentros: «Podrá ser la propiedad un derecho natural y casi divino, pero hay que confesar que no la gozamos muy tranquilamente.»

LUIS DE TAPIA

Si andas entre frailes,  
pronto has de notar  
que tus cuartos siempre tirarán á menos,  
nunca irán á más.

A. M. D. G.

#### La vida en los colegios de jesuitas

Con el título que encabeza estas líneas, acaba de poner á la venta la Biblioteca Renacimiento una novela, cuyo autor es D. Ramón Pérez de Ayala.

Puede asegurarse, sin incurrir en exageración, que es una obra que interesa á todo el mundo. En ella se estudia: primero, la vida íntima de los alumnos dentro de esos grandes establecimientos de enseñanza que con tanta intensidad solicitan la curiosidad de las gentes, sus diarios afanes y emociones, la clase de educación que reciben y el género de disciplina á que están sujetos, castigos y premios, solaces y amarguras, cuanto en fin constituye la vida varía y sentimental del niño; y todo esto con imponderable riqueza de trances y peripecias y tal viveza de estilo, que se acerca á la realidad misma; segundo, la vida y régimen interior de los jesuitas, describiendo punto por punto curiosidades que hasta ahora no se conocían, cuyo fun lamento son experiencias directas y fehacientes, de manera que salen á la luz del arte mil misteriosas par-

ticularidades sobre las cuales se ha fantaseado sin medida; tercero, las relaciones de la Compañía de Jesús con el siglo, y medios de táctica que esta discutida orden ha puesto y pone en práctica para afianzar, conservar y extender su influencia.

De lo que anteriormente se dice puede deducirse que es una obra completa en su plan, la primera que dentro de lo novelesco y á propósito para el solaz, se ha producido en España y fuera de España, muy superior en cuanto á la documentación y seriedad al célebre Sebastián Roch de Mirbeau.

Interés, emoción, humorismo; tales son las cualidades artísticas que resplandecen en A. M. D. G. Añádase la imparcialidad en que Pérez de Ayala se ha inspirado, á igual distancia del sectarismo irreligioso que del fanatismo clerical, de suerte que no creemos equivocarnos previendo que servirá de terreno neutral de combate á donde uno y otro vengan á medir sus armas.

Los que amen las buenas letras hallarán en A. M. D. G. un motivo de estético deleite. Quienes se preocupen del problema español, particularmente en su aspecto educativo, y todos los padres de familia, tienen el deber indeclinable de consultar y repensar el contenido de esta obra.

Precio 3,50 pesetas. V. Prieto y Compañía, Editores. Madrid. Pontejos, número 8, y principales librerías.



## Los jesuitas

SOBORNARON Á LOS GOBERNADORES PARA HACERLES CRIMINALES

A estos Padres les consienten, que con este Ejército de Bárbaros los cuales eran cuatro mil, entrasen una Ciudad de S. M. á fuego, sangre, y saco, forzando mugeres Españolas; y que estos sus Indios, de quienes son Doctrinantes, por orden suya profanasen el Templo de Dios de la Catedral de la Asunción, en cuyo Cimiterio y Colgadizo estuvieron agregados diez días más de seiscientos Indios, adonde hacían sus fogones, colgaban la carne, y estaba todo lleno de hediondas inmundicias y ahumada la Iglesia, con gran penalidad del Señor Obispo, á quien tenían preso y oprimido con los mayores rigores y desacatos que pudiera un Príncipe Herege en su Reino. A mí me consienten que no calle lo que tan justamente se debe publicar, y que nuevamente lo haya escrito al Rey nuestro Señor, para que Su Magestad ponga el debido remedio en cosas que tanta ruina amenazan en su Católica Corona. A estos Padres les consienten que con las armas hayan destruido la Iglesia en el Paraguay, y reducido con ellas aquella Provincia á condenados y descomulgados errores, conquie van inficionando las Provincias circunvecinas, adonde hay ya muchos que por su mala doctrina han despreciado y desprecian las descomuniones, y siguen su opinión condenada, y errados pareceres, los

cuales han derramado por todas partes, con otros papeles contrarios á la autoridad de la Iglesia, tan escandalosos que obligaron al Señor Obispo de Buenos Aires D. Fray Cristóbal de Mancha y Velasco que pronunciase un Auto muy cristiano en que por descomunión los mandó recoger por perniciosos á la Iglesia, declarando como declaró por incursos en las descomuniones de la Bula de la Cena á todos los Ejecutores, Fomentadores y Ayudadores de estos delitos, tan ofensivos y peligrosos á las almas, y conciencias de los fieles. A mí me consienten que no calle lo que tan justamente se debe publicar y escribir á quien lo puede remediar, y sino lo remediasen irá sobre sus conciencias; conquie yo descargo la mía y las de quien me lo consienten. A estos Padres les consienten que engañen á un Señor Presidente para que nombre por Gobernador á un hombre de quien pública y notoriamente se sabe, que se priva de juicio con el vino, á quien autorizaron con Don, no habiéndole tenido en su vida, y ha siete años que está descomulgado, y anatematizado, por cuya mano, y la de sus Indios han ejecutado las maldades reprimidas y otras que van continuando; y después que los conocen han abominado nombramiento tan injusto y engañoso en un sugeto tan malo, é incapaz que para conocerle basta que ha obrado contra la Iglesia, el Rey nuestro Señor, y bien común de su Patria, de quien se dice públicamente, que cuando los Padres quieren que obre algo á su gusto, le ponen delante un frasco de vino, de que gusta mucho; pues en abono de este tal, viendo la publicidad conquie todos decían cuan defectuoso era en el haber, han hecho información en esta Gobernación de Tucumán, solicitando testigos, que no le conocen, de que no bebe tanto como se dice; y si acaso por justos juicios de Dios se volviera contra ellos, no dudo que jurarán bebía mucho más de lo que se publica.

Testimonio del P. Arteaga, tomo II, pág. 63.

Queitos los gorges,  
queitos por Dios,  
que está el cura durmiendo una mona  
que anoche pescó.

## Penal de Burgos

A los cuatro años de haber mata lo á palos en la Cárcel de Torrelaguna (Madrid), á un sugeto apodado *El Pelejero*, ha sido p ocesado, á petición del abogado Sr. Barricbero, el jefe de aquella Cárcel, D. Constantino Ortega.

¿Se tardará tanto tiempo en dictar el auto de procesamiento contra los autores del asesinato del recluso Pedro del Castillo Fernández, cometido en la Prisión afflictiva de Burgos?

Por las noticias que se reciben de allí, se piensa dar *carpetazo* á este asunto, porque, según se dice, el Director suspenso de aquel Penal, ha lanzado la idea hablar claro si se llega á su procesamiento; y como la Justicia histórica no puede intervenir hasta que el asunto

sea llevado á su jurisdicción, se nos ocurre preguntar:

—¿Es cierto que el expediente formado por el Director del Penal de Burgos, va á durar tanto como aquel otro formado por D. Federico Pérez, que, á pesar de haber transcurrido *cinco años* aún no ha sido fallado, ó, mejor dicho, no se había fallado en el año que acaba de finalizar?

—¿Es cierto que los protectores del asilo de Pedro del Castillo, han dado las órdenes oportunas para que los reclusos del Presidio de Burgos que han denunciado el hecho, sean *tritutados á la sordina*?

Nada tendría de particular. Conocemos la manera de hilar de los que, con su cuenta y razón, se declaran protectores de todos los crímenes que se hayan podido cometer en nuestras cárceles y presidios.

Y ahora, cuando el hierro se va poniendo al rojo, se atreven á publicar ese engendro en forma de Real decreto, reorganizando el Cuerpo especial de Prisiones. ¿Que has matado un hombre á palos? Pues te aumentaremos el sueldo para que puedas sufragar los gastos del *uniforme* que esa reforma pueda acarrear.

¿Que se robaba, y se robará mientras existan los Económicos en las prisiones? Pues concedamos al Director la exclusiva, y... vamos viviendo.

¿Que los reclusos recaman contra sus expoliadores? Concedamos á los directores de los establecimientos penales la facultad de amarrar en *blanca* á los *perturbadores* del actual régimen penitenciario, y el hierro y el hambre los reducirán al silencio.

Así se piensan y se ejecutan los planes de reforma en la Dirección general de Prisiones. Vaya un botón como muestra.

• Penal de Burgos 29 Diciembre 1910.

...El motivo de dirigirme á usted, es para poner en su conocimiento que el día 6 de Julio del año 1909 fui encerrado en una celda de castigo con *unas cuantas heridas en la cabeza* producidas por los garrotes de los *cabos de viga*, protectores del contrato de viveres. Me tuvieron treinta y dos días á pan y agua (no lo creo, son pocos días). El médico, cumpliendo con su deber (lebe ser muy caritativo ese señor), sólo se cuidaba de que curase antes de los catorce días, y, efectivamente, al hacer el catorce, me dió de alta.

Se celebró el juicio oral, pues fui procesado (sería por equivocación), por no sé qué delito y salí absuelto (ya decía yo que era una equivocación).

Al año me sacaron de la celda de castigo, habiéndolo pasado amarrado á una cadena que se llama *blanca*.

A las veinticuatro horas me volvieron á recluir en celda de castigo por si estaba ó no loco, lo que no tendría nada de extraño.

Hace unos días me han trasladado á la enfermería, por creer el médico que estoy físico, y porque los dolores que padezco pueden ser originados por los malos tratos recibidos; *pero, á pesar de estar enfermo, me encuentro amarrado á*

*esa señora que aquí conocemos por el prosaico nombre de blanca*...

El hecho que tan críblemente es de los que no necesitan comentarios; se comenta por sí solo; pero debemos preguntarle:

¿De dónde ha salido la orden para que sean amarrados en blanca los reclusos que denunciaron la muerte de su compañero Pedro del Castillo?

¿Se trata de cometer unos cuantos crímenes más para que sirvan de ejemplo al resto de la población penal y se abstengan de denunciar los chanchullos que a li se han realizado? Pues siguen un camino equivocado los *senores* que mangonean en la «covachuela». Si se han creído que se puede tener amarrado á una cadena á un recluso enfermo al que le faltan diecisiete meses para extinguir su condena, sin que la opinión proteste de acto tan inhumano, se equivocan los que así piensen. De todo lo, absolutamente de todo lo que ha ocurrido en el Penal de Burgos, y de lo que ocurre en el de Oña habremos claro, ¡demasiado claro!, hasta conseguir que se levanten las piedras pidiendo justicia para esos desgraciados. Que conste, pues, que hablaremos claro.

Y nada más por hoy.

ANSELMO SANTA CATALINA



## Por pedir gangas

Un carlista muy carlista que se encontró en un apuro, fué á pedirle medio duro al Cristo de Buenavista.

Y po-trado ante el altar, dijo con acento pío:

—¡Dadme diez reales, Dios mío, que no tengo que cenar!

Cuando estaba en oración, cayó del techo un cascote que, dándole en el corote, le hizo una gran contusión.

Reinóse, y con la mano fué la sangre conteniendo, cuando volvió así corriendo hacia el Cristo a su hermano,

¿Dónde va?, le dijo—A orar; á pedir a Dios bendito un duro que necesito mañana á lo más tardar.

Y exclamó frunciendo el gesto:

—Pues no lo busques aquí.

Sólo me dio de pedir,

y mira como me ha puesto.

## EL CONFIDENTE

I

—¿Vas á salir, Ignacio?

—Sí. Tengo que dar instrucciones al procurador para la causa de mañana. ¡Qué lío! ¡Qué t-stamento! Estoy ya hasta la coronilla... Eso trae el afán de las riquezas... Y tú, ¿saldrás?...

—No tengo ni pizca de ganas, bien lo sabe Dios... Pero ¡esa pobre Luisa! Tan grave como está la pobrecilla, y con aquella madre de tan poco seso que tiene... No tendré más remedio que hacer una escapada... (Con mimo). ¿Tardarás tú mucho, monín?...

—Calla, tontina, no pases cuidado... Un par de horas escasas... A las siete me tienes aquí.

Ignacio se pone el gabán y el sombrero; mete en sus bolsillos varios papeles, da un beso á su esposa y se va.

María levanta el visillo, y pega su rostro al cristal del balcón. Ignacio le hace señas desde la calle, ella le contesta con sonrisas, hasta que aquél vuelve la esquina.

—¡Gracias á Dios!... ¡Petra! Mi abrigo, mi sombrero... ¿Has oído?...

—A juí está todo, señorita.

—Ten la cena preparada para las siete... No te olvides de ir á las seis á buscar al niño al colegio... Ni una palabra al señor de que he salido... Pasa un poco el plumero por el despacho... Si vienen las de Trujillo, les dices que he ido á ver á Luisa... ¡J-sú! Me iba sin el portamonedas... No sé dónde tengo la cabeza.

María baja las escaleras presurosa; antes de salir del portal mira con zozobra á un lado y á otro. Cruza la calle, y en la primera parada toma un coche.

—Calle de Isabel la Católica, número...

—(El cochero con ciertas ornata).—Sí, ya sé...

El coche sale disparado.

II

—¡Pobrecilla! Estás nerviosa, inquieta, turbada... ¡Ah, mi pobre ovejilla, v cómo te domina todavía el mundo! Cualquiera diría que vienes á cometer un crimen, una especie de adulterio, como si traicionaras tus deberes.

—Sí, Padre, sí, es verdad... Así me lo figuro muchas veces... ¡Es Ignacio tan bueno!

—(Con asperza). Cualquiera diría que yo te digo que le ofandas y desprecies... Puedes ir desde ahora mismo y no volver más. Tú serás ante Dios la responsable única de la perdición de tu alma...

—No, Padre, no me abandone usted; se lo pido por Dios... Yo quiero seguir sus consejos, practicar sus máximas, alcanzar la perfección, pero todo esto quisiera hacerlo á la luz del día, sin misterios, sin fingimientos, con el beneplácito de Ignacio... Tengo que mentir a todas horas, excusar sus entradas y salidas, tomar todas las precauciones de la mujer infame que espera una cita pecaminosa; me parece como si entre mi esposo y yo se interpusiera un amante...

—Y se interpone: es Jesús, el único que te ama de verdad, sin materialismos groseros; que quiere y exige que toda la belleza de tu alma sea para él, para él sólo, que la creó así, tan hermosa, para mayor gloria suya... Y este amante divino, el más celoso de todos los amantes, no quiere que haya en tu ser una partícula que no le pertenezca, ni una fibra de tu corazón que no sea suya. Y por eso sufre con las miradas de tu esposo, con sus besos, con sus abrazos, con las ternezas que le prodigas, que se las robas á él, María, á tu Dios, á tu esposo divino, que te quiere toda, entera para sí, en cuerpo y en al-

ma, para que todo tu ser se sumerja en las llamadas de su amor purísimo y seas toda para él como él es sólo para ti... (*Transición rápida*) Pero tú no le quieres, desoyes sus voces, me desoves a mí, que hablo en su nombre... Vuelve a tu casa, cierra los oídos a los llamamientos ardientes de este enamorado celestial, y engólfate por completo en las llanuras estériles de la mujer mundana, en la vida prosaica y grosera de la madre de familia, cuya vida gira sólo entre los dos polos de la alcoba y el libro de la compra... Vete, María; he querido hacer de ti un vaso de elección, y no has querido... Vete, que te aguarda tu amo y señor, que sólo sueña con tu carne y tus gracias, y al que le es indiferente en absoluto la paz de tu corazón y la salvación de tu alma... ¡Vete!

—No, Padre mío, no; yo quiero ser salva, yo prefiero el amor de Jesús a todos los amores. Habladme, Padre, en nombre de este divino amante; decidme qué quiero de mí... Yo todo lo sacrifico a su amor, a su voluntad, a sus deseos... Yo quiero ser su esclava, yo le consagro todo mi ser por completo... (*Con exultación y arrobo*) Tuya soy, Jesús mío, tuya, y sólo tuya. Háblame, dispon de mí... mirame, tiéndeme los brazos... Antes la muerte que causarte el menor disgusto... Mi cuerpo, mi alma, mi honor, mi casa, mi familia, todo es tuyo, todo lo consagro a tu servicio, y nada de ello quiero, ni apruebo si no ha de ser para tu servicio... Habla, Señor.

—Así, así te quiero, hija mía... Toda rendida a la voluntad de Dios, toda anulada y aniquilada ante su presencia... Oye por mi boca sus divinos deseos, lo que de tí quiere, lo que de tí espera.

El jesuita baja la voz que toma inflexiones dulcísimas, junta sus manos, unas veces suplica, otras manda altanero, otras suspira... María escucha, asiente con la cabeza, gime unas veces, otras eleva sus ojos al cielo con radiante alegría, sus labios se agitan temblorosos, sus mejillas se tiñen de encendido carmin...

### III

—¿Qué! ¿Crees que no acababa nunca? ¿Dónde tendría la cabeza aquí testador? Es decir, testadora, porque era una vieja fatua, sugestionada por los jesuitas... Pero, ¿no has salido? Estás pálida, triste... ¡Tú has llorado, María, ¿qué te pasa?...

—¡Oh, nada! No te preocupes... Me ha impresionado mucho la pobre Luisa... ¡Si vieras como tose!... Yo creo que tiene los pulmones deshechos...

—No sé por qué vas a ver esos cuadros... Tú eres demasiado impresionable, y luego te pones así... Vamos, anda, no pienses más en eso... Llama al niño y vamos a cenar... No quiero verte así, quiero que estés alegre para que mi casa sonría con tu presencia, para descansar sobre tu corazón cuando las luchas de la vida me rinden, y necesito alientos y energías... Ven acá, esposa mía, ven a mis brazos... mírame a la cara, sonríeme, dame un beso... ven.

(*Rechazándole con furia*) ¡Quita, hombre! ¿Qué cosas tienes!... Podría vernos la criada o el niño... No pensáis más que en esto... Vaya, a la mesa...

María sale de la habitación, é Ignacio se queda pensativo. El divino amante

Jesús y su confidente en la tierra empiezan a construir el muro que ha de separar para siempre la felicidad de dos esposos...

FRAY GERUNDIO

Hermana del alma,  
por Dios te lo pido;  
que no mires a rufas ni a frailes,  
ni a santos ni a obispos.



## Sacamuelas clerical

Son deliriosos estos clericales. No saben ya qué hacer para timar suscripciones.

Vease lo que se le ha ocurrido escribir al *Diario de León*.

«Es preciso que los católicos vivamos prevenidos contra la seducción del error.

La bestia vomita su veneno con inusitada furia; y según carta anónima (que bien pudiera ser mentirosa, como es indecente y orlograficamente detestable) a estas fechas se han repartido en León más de 5.000 *Hojitas* de las llamadas con sacrilega burla *piadosas y morales*. Están escritas con intención satánica, ocultan el virus mortífero con apariencias de erudición y de verdad; y sus tendencias corruptoras dicen bien poco a favor del Centro que ha tomado a su cargo la indigna propaganda.

Saben que el agua desparamada no puede volver íntegra al recipiente por más esfuerzos que se realicen; saben que el vaso de cristal, una vez roto en cien pedazos no puede restablecerse a su primitiva entera y hermosura; saben que la herida profunda deja siempre la huella de una cicatriz, y por eso acuden al medio de derramarnos el agua a traición, de lanzar por el correo interior las piedras contra los vasos limpios que de otra manera no estarían al alcance de sus inmundas manos, y descaigan tremolos golpes sobre jóvenes indefensas, jactándose encima de ello de su feonía.

Velad, madres leonesas, por la honra y por la fe de vuestras hijas. Y ya que con tanta sana é imponiéndose sacrificios pecuniarios abusan de la prensa los malvados, favoreced vosotras a la buenas; ella, con vuestro auxilio, podrá contrarrestar y triturar esa propaganda sectaria, saliendo a la defensa de vuestra fe, de vuestro honor y de vuestro hogar, que con tan cínica desvergüenza violan por medio de esos inmundos papelucos.

*Diario de León* protesta de esa baja en nombre de todos los leoneses honrados, y ofrece sus columnas para publicar los nombres de los que se adhieren a su protestas.

Me río yo de los sacamuelas que pronuncian un discurso de media hora para vender un trasco de *ungüento africano*, infalible para aliviar el dolor de muelas... al que no tenga ninguna. Esto es verborrea, *brutorrea* y *tontorrea*.

¡Lástima que viva en España un hombre tan importante en la especialidad de anuncios y reclamos sugestivos, como el que he escrito ese! En los Estados Unidos ganaría una fortuna. Si por agenciarse dos o tres descripciones hace eso, ¡qué no haría por cinco o seis duros cobrados de una vez! Sería capaz de demostrar que los clericales tienen vergüenza.

Con que abur, imbécil prodigioso. Y vuelve por otra.

¿Qué suerte que tienen las amas de cura; como viven con un hombre a solas, y no pecan nunca.

CRÓNICA DE BARCELONA

## BRUJERIAS

Si supiesen algo de historia los tranquilos vecinos de San Baudilio de Llobregat, por un momento se hubieran creído trasladados a la época de Carlos II, con sus brujas, supersticiones y exorcismos.

Casi en la misma puerta de Barcelona, se ha presentado en público, con toda propiedad, una mujer dotada de un poder sobrenatural para sacar los diablos del cuerpo.

Suponiendo que alguien los tenga, nos parece un tanto molesta la profesión, pero, dicho sea en su honor, esa mujer a que me refiero la cultiva con verdadera fe y entusiasmo, y es capaz de sacrificarse por ella hasta el punto de ir a la cárcel. Cosa que podría muy bien sucederle.

Ha declarado ante los tribunales. Es una mujer de aspecto misterioso, tipo de campesina y como hecha con los retazos de otra mujer contemporánea del «Hechiza lo».

Mucha fuerza de voluntad necesita un juez para no reírse ante un caso como el que voy a explicaros.

La mujer del cuento habita en una iglesia cercana a dicho pueblo, en calidad de sirviente del cura.

A éste no le conozco, pero supongo que debe ser un ente curiosísimo, a juzgar por el modo como acaba de proceder en nuestro relato, propio para ser contado alrededor del fuego en estas noches heladas.

Diríase, en verdad, que lo hemos sacado de un libro del autor de *Los fantasmas de Nochebuena*.

En una casa del bendito pueblo que he nombrado, vivía una anciana enferma, víctima de continuados accidentes nerviosos.

El médico había dicho que su enfermedad requería mucha paciencia y un régimen severo. Pero la gente del pueblo, sumida todavía en las sombras del curanderismo, tiene hacia esos mártires de la ciencia que se han visto precisados a dejarse caer en un villorrio para acabar en él su vida, comidos por la ingratitud, una especie de cruel adversión. La familia de la enferma, de acuerdo con esta tristísima desviación del sentido común, dejó al médico y recurrió a una curandera.

Pero no a una curandera vulgar de

esas cuyo arte está sólo en las hierbas, sino á un espíritu embrujado en forma de mayordoma de una rectoría.

De ser el cura un hombre discreto y cuerdo hubiera desengañado á los que fueron á su casa, á fin de rogarle que diese á su sirviente licencia para que se dispusiese á sanear á la enferma con sus maniobras de exorcizadora. Mas lejos de eso, el cura accedió muy complaciente, y satisfecho de que hubiera aun quien creyese en diablos.

Y á casa de la enferma fué la curandera; y unos rezos masculloó junto al lecho de aquella, al mismo tiempo que ideaba la más tétrica de las operaciones, puesta en práctica al día siguiente.

A un corpulento eucalipto que existe cerca de la casa en donde habita la enferma, hizose atar la embaucadora, y, al anoecer, ordenó ésta que varios vecinos, que se prestaron como mame-lucos á la ceremonia, se diesen la mano unos á otros, hasta que el último tocase con una de sus manos el lecho de la enferma y con la otra tomase la de la paciente, mientras el primo o tiraba de la cuerda que oprimía el cuerpo de la supuesta bruja, sin que ésta profríese la menor queja.

Más de una hora duró la ceremonia que, inconscientemente, acompañaba el campanero de la iglesia con el toque á rosario.

Por fin la embaucadora no pudo resistir más y los vecinos cesaron de tirar, tomando á aquella en brazos y conduciéndola á la rectoría, al mismo tiempo que se acababa.

—Se quedó sin un diablo. Todos han pasado al euaipto. Desde hoy las hojas tendrán un poder malévolos, y en la primera tempestad, caerá el tronco partido por un rayo...

La mayorloma quedó mal ante el pueblo, porque la enferma continuó con sus malditos accidentes.

Y por esto se denunció el hecho al Juzgado, y la mujer, mitad bruja, mitad ama de un cura, ha tenido que comparecer ante los tribunales.

En tanto la pobre enferma maldice del día en que soñó con las artes de la brujería y, convencida de que lo que hay en su cuerpo únicamente son nervios en mal uso, se está dando á todos los diablos, para ver si, gracias á los diablos, se cura...

ARTURO MORIS

(El País).

## El coche de las cabritas

Una tarde, mientras fumábamos y bebíamos alegremente, decíanos el poeta Chantepleure:

—He tenido en mi vida grandes triunfos; amores venturosos que me han hecho llorar y amores desgraciados que, después de ocasionarme mil torturas, me han hecho reír; grandes éxitos teatrales y grandes éxitos oratorios, porque también he mojado mis labios en el vaso de agua azucarada del conferenciante; he recibido perfumadas cartas de mis admiradoras; y todo esto, amores, aplausos, honores y distinciones constituirían lo que comunmente se llama una existencia feliz—es decir, menos desgraciada que la del prójimo—si en otro tiempo hubiese podido—se van ustedes á reír de mí, pero no hay que burlarse de ningún ideal—si hubiese podido subir...

—¿Al Capitolio?

—No, á un coche tirado por dos cabritas.

Y al oírnos reír, añadió Chantepleure:—Sí, sí flores; me refiero á ese coche de las cabritas que ven ustedes en las Tullerías y en los Campos Elíseos trasladándose desde un árbol á otro un cargamento de niños; ¡El coche de las cabritas! Esa ha constituido toda la ambición de mi vida, y no he podido verla realizada jamás. Desde mi infancia, hasta la edad de cincuenta años, no he cesado de decir para mis adentros: ¡Qué dichoso son los niños que pueden pasearse en el coche de las cabritas!

Un día que mi madre—hace ya de esto mucho tiempo—me rujo desde el pueble á París, á donde la llamaban asuntos de familia, vi por primera vez el coche de las cabritas en el jardín del Luxemburgo. Le vi con sus bridas de cuero rojo, con sus cascabeles y con un muchacho que, vestido de terciopelo, guiaba el vehículo desde el pescante con su látigo en la mano.

—Quisiera—dije á mi madre—subir al coche de las cabritas.

Sin duda tendría que celebrar á toda prisa la buena señora alguna conferencia con su abogado, puesto que me contestó cariñosamente:

—No, hijo mío; hoy no es posible. ¡Mañana!

Y durante toda la noche no hice más que pensar en la promesa de mi madre, y se me aparecían en sueño el coche de las cabritas, los cascabeles, las bridas, el látigo y el muchacho vestido de terciopelo. También iba yo á sentarme como él en el carruaje y á estimular con mis voces el paso de aquellos animalitos.

Amaneció al fin el deseado día, y llegó ese mañana que el hombre está condenado á esperar eternamente. Pero ¡oh desdicha! llovía á mires en París y no había coche alguno de cabritas en los senderos y avenidas del Luxemburgo. Siguió lloviendo en los días sucesivos, y no los hubo tampoco mientras mi madre y yo permanecimos en la capital.

Partimos para el pueblo, y llevé á mi país el amargo sentimiento de no haber podido lograr mi deseo y la vaga esperanza de realizarlo algún día.

Con tal motivo me decía: «Volveré á París y en París satisfaré mi ardiente anhelo; subiré al coche de las cabritas y realizaré mi secreta ambición de pasearme en él por uno de los jardines principales de la gran ciudad.

Cuando fui á la capital á proseguir mis estudios, era ya demasiado grande para tomar asiento en el coche de mis sueños. Mis compañeros de paseo se habrían burlado de mí, y, por el pronto, no tuve más remedio que renunciar á mi tenaz propósito.

Crecí, y he envejecido sin haber subido nunca al coche de las cabritas. Y ha sido por culpa mía, porque si bien me arrastraba el deseo, conteníame la vergüenza, una vergüenza mal entendida. Un hombre—decía yo para mí—un hombre á quien han representado obras en el Odón, un candidato al Instituto, un individuo que pasa por persona seria y formal, puede pasearse en un coche tirado por un par de cabras? Y no me resolvía á subir... y veía pasar y pasar ante mis ojos, como una visión irónica, el terno, el encanteor, el glorioso coche con sus cascabeles, sus bridas y una multitud de niños en el interior.

Han transcurrido los años. He perdido todas las ilusiones, y no tengo más que recordar; y en honor de la verdad, bendeciría el destino si á todos los gozcos de que me ha permitido disfrutar hubiese añadido la dicha de haberme hecho pasear en el coche de las cabritas. ¡Y pensar que he de morir sin haber realizado el sueño de mi niñez y de mi juventud! Lo cierto es que, mientras viví, se deploam alguna decepción sufrida, pues todos tenemos nuestro coche de las cabritas al que no hemos conseguido subir jamás... ¡Dame otra copa de Kummel, Julio!

No hay que desconfiar nunca de la realización de nuestras aspiraciones.

En los primeros días del último otoño en-

contré á Chantepleure en el parque de Monceau. El cilebre poeta estaba muy cambiado. Tenía la cabeza cana, el rostro macilento y la mirada triste. Víctima de una parálisis, iba sentado en un cochecito mecánico y conducido por un criado, que le acompañaba como hubiera podido acompañar á un niño. Al verme, se sonrió é indicó al servidor que se detuviera.

El pobre paralítico me alargó entonces la mano y me dijo:

—¡Ya ve usted cómo al fin se han cumplido mis deseos! Antes de morir me ha depurado el destino lo único que me faltaba. ¡Ahí tiene usted el cochecito de mis ensueños!

JULIO CLARETIE

## Bibliografía

*El genio de las religiones*, por Edgar Quinet.—Dos tomos.

El estudio de los cultos del Oriente y sus relaciones con los de Grecia y Roma, comprendiendo en cierto modo toda la tradición de la antigüedad, es el tema de este libro, asunto que dentro de la más estricta unidad encierra una variedad casi infinita.

Como natural complemento se añade el examen de las religiones del mundo occidental y moderno, ó sea el del catolicismo, el mahometismo y la Reforma, además del de las instituciones germánicas.

Esta clase de trabajos resultan áridos por regla general, pero el autor ha sabido dar al presente una forma tan sencilla y atractiva, siempre dentro de la profundidad del concepto, que *El genio de las religiones*, lejos de hacerse pesado, se lee con delectación.

*Laocoonte ó de los límites de la Pintura y de la Poesía*, por G. Efraim Léssing.—Traducción directa de la *Nu va colección de clásicos alemanes*, por Luis Casanovas.

*Laocoonte*, grupo escultórico, joya del arte griego antiguo, es el punto de partida que eligió Léssing para un completísimo trabajo en el que hace un pa angón acerca del fin que tienen asignado en el campo de la pintura y la poesía; y como quiera que el nombre del autor es por sí sólo garantía de acierto, nos limitaremos á recomendar esta obra á los artistas y á todos los amantes de las bellas artes en general, en la seguridad de que han de sacar provechosas enseñanzas de que han de sacar provechosas enseñanzas

*La atmósfera*, por Eli-eo Reclús.

Conocida es la forma poética como Reclús expone los más intrincados fenómenos de la Naturaleza y como el lector va asimilándose insensiblemente cuanto lee, lo que hace que los libros de Reclús sean provechosos cursos de vulgarización científica.

*La atmósfera*, como su título indica, trata de los fenómenos que se verifican en el aire, y se lee con tal encanto, que al terminar su lectura, el lector queda admirado de poder comprender con tanta facilidad fenómenos antes para él inexplicables.

Estos tres libros forman parte de la notable Biblioteca de libros populares que con tanto éxito vienen publicando los acreditados editoriales valencianos F. Sempere y Compañía, llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor y se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

CIENCIA  
Y RELIGION  
POR  
MALVERT

85 gr-bados.—Precio: 1 peseta.

(FOLLETÓN 82)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR  
OFFENBACH

Para los españoles el mejor cambio de religión es quedarse sin ninguna.

En ese pueblo español, en ese ciudadano español de las inferiores capas sociales (no hablemos del populacho que constituye la más inferior, que es muy ténue,) se encuentra el legendario desprendimiento, la característica generosidad ó liberalidad que antaño se hallaría tal vez también en otras capas, pero hogaño, no (como no sea en la clase media que no bulle). Porque el español, cuando menos hoy, el español típico, ese español que por tan generoso y desprendido se tiene, es, á pesar de la fama y la apariencia, de lo más «agarrado» que hay en el mundo. Es, ciertamente muy atento y servicial; no sin razón hemos oído decir á un extranjero que en España se hace gratis muchas más cosas ó favores que en otras partes; y muchas veces, en el trato social, se hallará quien, ya por vanidad, ya por costumbre, se adelante á pagar el café ó el tranvía. Pero el que quiera saber adonde llega realmente la generosidad de ese español, que le pida en una necesidad un par de duros.

Recordamos á este propósito haber sido testigos casi presenciales del hecho que sigue:

Iban de paseo un par de amigos cuando se apareció otro que lo era de uno de ellos, al cual llamó aparte y... le pidió una modesta cantidad que decía que necesitaba con urgencia, y que, mediante las razones ó disculpas de costumbre, no obtuvo.

Cosa de una hora después, el que se había negado á aquel socorro se arrojaba al río, con gran peligro de su vida y no menos asombro de su acompañante, á salvar á un hombre que, sin aquel salvador, se habría ahogado. ¡Qué casualidad! El salvador era el que había pedido el socorro metálico. Así, puede afirmarse sin exageración que el español está siempre pronto á darlo todo, todo menos dinero. Antes suelta la vida que la bolsa.

—Yo no sé que pasa aquí, nos decía Zaratrústa en una ocasión, que los generosos, los dispuestos á dar, no tienen nunca un cuarto. En Espa-

ña, pedir dinero á un amigo ú obligado es simplemente una indiscreción, porque sólo sirve para tenerse que enterar de que el que creíamos en situación desahogada está lleno de apuros y de trampas.

—Pero eso será porque ha socorrido antes á muchos necesitados, porque habrá sido demasiado generoso, digámoslo nosotros.

—Si, amigo Offenbach, repuso Zaratrústa después de pensarlo un rato. Porque ha sido demasiado generoso... consigo mismo; pues nosotros no somos avaros que atesoramos; nosotros, en general, nos damos cuanto gusto podemos, más entre esos gustos no se halla el de remediar de nuestro bolsillo particular las angustias ó necesidades del prójimo.

Y efectivamente, nuestras propias observaciones y estudios nos han hecho ver después que, si los españoles de que hablamos se conociesen bien, en vez de creerse retratados por Cervantes, manifiesto error que en otro capítulo hemos hecho notar, se verían pintados por Quevedo. Más, mucho más que en D. Quijote, donde deberían mirar su propia imagen es en el Gran Tacaño. En cambio la generosidad está en una parte de la clase media, la que hemos dicho ó llamado «que no bulle», y sobre todo, y relativamente en mayor medida, en el pueblo. Así, es frecuente en España ver cuestiones, y delitos, y aun homicidios por préstamos amistosos, hechos entre gente de un salario mezquino, de cantidades de señaladísima magnitud relativa; y no hay que decir que estos préstamos que exponen á nuestra consideración los anales judiciales, revelan que la práctica de que se trata es general, aunque no sea generalmente conocida por no hallarse directamente registrada de ningún modo. ¡Ah! Si los españoles de medios ó recursos no fuesen tan cicateros como son, si tuviesen, en aceptable proporción la liberalidad del peón de albañil, entonces sí que podrían preciarse con razón de esa generosidad, de ese desprecio del vil metal de que enganosamente vienen jactándose.

Como no nos proponemos analizar minuciosamente la psicología, ni la lógica, ni la ética, de la monarquía española, pasaremos del vulgo indocto á las gentes más ilustradas, y diremos algo, porque algo interesante puede decirse, de los mismos sabios de aquella monarquía.

Que hay hombres sabios en la monarquía española, no ha de ponerse en duda. Los hay. Pero suelen

ser sabios que se pasan la vida sabiendo, y nada más. Hacen recordar á aquel ochentón de quien un joven á quien se reconvenía para que le respetase, decía:

—¿Y á título de qué? No ha hecho en su vida más que envejecer, y para eso ha necesitado ochenta años.

Decimos que «se pasan la vida sabiendo, y nada más», no por mermarles el mérito que tengan ni el valor de los servicios que presten, sino para marcar la diferencia con los de otras partes, que, además de saber, inventan. En España hay sabio que ha estado más de sesenta años pegado á los libros y á la ciencia, y no ha llegado á inventar ni un mal pica-por-te. Y las mismas eminencias científicas de aquel país, reconocidas por tales en todo el mundo, lo han sido por sus descubrimientos, por sus estudios y observaciones, por sus teorías sabiamente fundamentadas, no por ningún invento de nota que hayan llegado á hacer. Así, en la monarquía española puede hallarse un Mata (jefe de Artillería), cuya «Bilística interior» venga sirviendo de enseñanza y texto en Europa hace docena y media de años, pero no un Chassepot ó un Mauser que den á los ejércitos un fusil nuevo; puede hallarse un Ramón y Cajal (y lo hemos citado en otro capítulo) que descubra que las ramificaciones de dos neuronas contiguas, aunque muy próximas, no están en contacto permanente, y que sobre este hecho construya una sabia hipótesis de funciones cerebrales, mas no un Golgi que invente una manera de teñir las preparaciones microscópicas, que haga posibles las observaciones é investigaciones del sabio español y de los otros que vienen dedicados al importantísimo y difícilísimo estudio de la anatomía y fisiología del cerebro. Y lo mismo ha ocurrido siempre, porque la especialidad de los españoles, aun en los mejores tiempos de su historia patria, parece que ha sido el uso que han sabido hacer de los inventos de los demás. Cuando un alemán inventó la pólvora, ellos se enseñorearon con ella de lo mejor de Europa y costa de Africa; en cuanto un genovés les dijo que había un nuevo mundo, ellos fueron á descubrirlo y conquistarlo; un portugués imaginó circunnavegar el globo terraqueo, y ellos se lanzaron á realizar la empresa.

Después, sin embargo, parece que han venido perdiendo esta facultad,